





MIGUEL MIHURA

MELOCOTÓN

EN ALMÍBAR



ÍNDICE

<u>Resumen.....</u>	<u>4</u>
<u>Prólogo.....</u>	<u>6</u>
<u>ACTO PRIMERO.....</u>	<u>22</u>
<u>ACTO SEGUNDO.....</u>	<u>57</u>



RESUMEN

Cinco atracadores, tras haber desvalijado una joyería en Burgos, se refugian en un piso alquilado. Cuando Cosme, uno de ellos presenta síntomas de lo que en principio parece un resfriado y termina mostrándose como una pulmonía, esconden las joyas en una maceta y avisan a la dueña de la vivienda, Doña Pilar para que avise a un hospital. En el sanatorio, ante la falta de enfermeras, envían una monja, Sor María, para que atienda al enfermo. Sor María, comienza a hacer preguntas de difícil respuesta para los atracadores



Esta comedia se estrenó en el Teatro Infanta Isabel, de
Madrid, la noche del 20 de noviembre de 1958

PERSONAJES

SOR MARÍA

NURIA DOÑA

PILAR

SUÁREZ

CARLOS

FEDERICO

COSME («EL NENE»)

Época actual



Prólogo

Estamos en el gabinete, recibimiento o cuarto de estar de uno de esos pisos que se alquilan amueblados en Madrid por tres o cuatro mil pesetas mensuales. Posiblemente fuese un piso mono hace varios años, pero ahora está todo un poco deslucido por el uso y mal trato que le han ido dando los diferentes inquilinos. En el lateral izquierda hay una terraza que está en alto y a la que se sube utilizando uno o dos escalones. En esa terraza, que es practicable, hay unos cuantos tiestos con flores y un toldo descolorido por el sol. Tras la balaustrada o pretil, forillo de cielo. A continuación de la terraza, en el lado izquierdo, una puerta que comunica con una alcoba. En el foro, la puerta de entrada al piso con su correspondiente forillo de escalera. A la derecha, en primer término, entrada a un pasillo que se supone comunica con las demás habitaciones. Un sofá, una mesita y unas butacas forman grupo junto a la terraza. Una especie de mueble-bar en el paño del foro. Repartidos por el resto de la escena, otros muebles.

(Al levantarse el telón, la escena está sola y a oscuras. Se abre la puerta de entrada al piso, por la que penetra la luz del descansillo. La silueta de NURIA se recorta en la puerta, mientras busca, dentro, el conmutador de la luz. Enciende, mientras se vuelve al descansillo y dice en voz baja.)

NURIA. — ¡Vamos! ¡Entra! *(Entra COSME, «El NENE», NURIA cierra la puerta. NURIA es una mujer de unos veinticinco años. Trae un pequeño maletín en la mano y viste un sencillo traje de viaje, muy veraniego, pues estamos en Madrid, en agosto, y el calor es agobiante. «El NENE» puede representar sesenta y cinco años. Trae otro pequeño maletín en la mano y da muestras de profundo cansancio. Con dificultad, llega hasta una butaca, donde cae rendido y respirando fatigosamente. Mientras tanto, NURIA coge un periódico que hay tirado en el suelo, junto a la puerta de entrada, y lo lleva a la mesita baja que hay al lado del sofá. Deja su maletín sobre una butaca y extiende el periódico, abierto, sobre la mesa.)* ¿Estás mejor?



COSME.—Estoy fatal.

NURIA.—¡Estúpido!

(NURIA, una vez extendido el periódico sobre la mesa, va a la terraza, descubre las cortinas y abre los cristales.)

COSME.—Has hecho bien en abrir, Nuria... Estoy sudando a chorros. Debe ser la fiebre...

NURIA.—¡Calla de una vez! ¿Quieres?

COSME.—Sí... (NURIA se asoma a la terraza y mira a un lado y a otro. Después entra, coge uno de los tiestos y vuelve con él y lo pone sobre el periódico. Con la mano empieza a sacar tierra de este tiesto.) ¿Por qué tardan éstos?

NURIA.—Tienen que sacar las maletas del coche.

COSME.—*(Intranquilo. Desconfiando.)* No. Ya las habían sacado cuando entramos nosotros...

NURIA.—Pero el ascensor está estropeado y tienen que subir andando, como tú y como yo...

COSME.—De todos modos, tardan mucho... ¿Por qué se quedaron hablando con el sereno?

NURIA.—¿Pero no puedes estar callado?

COSME.—Sí. Ya me callo. Es que estoy nervioso, caramba. *(Suena el timbre de la puerta. COSME se levanta asustado.)* ¡Han llamado!

NURIA.—Sí.

COSME.—¿Quién puede ser?

NURIA.—¿Quién quieres que sea?

(NURIA deja su trabajo y va a abrir. Entra FEDERICO. Unos treinta y cinco años. Trae una maleta en la mano. NURIA vuelve a lo suyo. FEDERICO deja la maleta en el suelo. Se quita la americana y el sombrero, que deja en cualquier



sitio. Se limpia el sudor y mira a COSME, que ya se ha vuelto a sentar más tranquilo.)

FEDERICO.—¿Cómo sigues?

COSME.—Muy malo, FEDERICO. Estoy que no me tengo.

FEDERICO.—¡Así reventaras de una vez! (A NURIA.) ¿Y tú? ¿Has dado un vistazo al piso?

NURIA.—Aún no.

FEDERICO.—Mira en esa alcoba, mientras yo doy una vuelta por las demás habitaciones... ¿No comprendes que puede haber entrado alguien?

NURIA.—¿Quién quieres que haya entrado?

FEDERICO.—¡Calla!

NURIA.—Sí... (Abre la puerta de la izquierda y mira.) Nadie.

(NURIA vuelve junto a la mesita y sigue sacando la tierra del tiesto. Y FEDERICO coge la maleta y hace mutis por la derecha, al mismo tiempo que entra CARLOS por la puerta del foro, puerta que cierra echando el cerrojo de seguridad. CARLOS puede tener unos cuarenta y cinco años. Trae otra maleta y un termo, que deja también sobre un sitio cualquiera. Se quita la americana y el sombrero, vuelve a coger el termo y se sienta en el sofá. Hay una pausa en la que se oye la respiración fatigosa de COSME. FEDERICO entra por la derecha, ya sin la maleta, pero con una botella de coñac en la mano, y se sienta en otra butaca.)

NURIA.—(Por la faena que ha hecho en el tiesto.) Esto ya está listo.

CARLOS.—Bueno. No hay prisa.

NURIA.—Tú mandas. (Y se sienta también. Otro silencio. NURIA parece escuchar algo. Se levanta.) ¿Oís?

LOS TRES.—(Sobresaltados, se ponen en pie.) ¿Qué?

NURIA.—(Con pena. Maternal.) Está llorando un niño...



(Todos se vuelven a sentar.)

CARLOS.—¡Ah, sí!

NURIA.—Debe de ser de la casa de enfrente. El pobrecito, con el calor, no podrá dormir en su cunita...

FEDERICO.—¿Quieres callar, estúpida?

NURIA.—Sí. Lo que tú quieras...

(Otro silencio. *FEDERICO* bebe un trago de la botella.)

CARLOS.—¡En fin! ¡Ya estamos en casita! Otra vez en Madrid, con mi hermanito COSME, que está acatarrado... Con mi sobrina NURIA, que cuida los tiestos y escucha a los niños que lloran..., y con el esposo de mi sobrinita, que bebe sus dosis de coñac... ¡Qué risa!, ¿eh? ¿No es para morirse de risa?

(Y se ríe de un modo nervioso e irritante. Todos le miran sin darle importancia, como si ya estuvieran acostumbrados a estas crisis.)

NURIA.—Dale el chicle, Fede.

(*FEDERICO* saca del bolsillo de su camisa una tableta de chicle, que le da a *CARLOS*.)



FEDERICO.—Toma.

CARLOS.—Gracias. (*Y se mete el chicle en la boca y ya no se ríe. Mastica. Mira a COSME.*) ¿Cómo estás, «Nene»?

COSME.—Muy malo. Estoy que no me tengo.

CARLOS.—Lo siento, «Nene». La próxima vez no podremos salir de excursión contigo. Te compraré una muñeca y te quedarás jugando en casita.

NURIA.—(*Recitando, burlona.*) ¡Una muñeca vestida de azul, con su camisita y su canesú...!

COSME.—(*Enfadado.*) ¡Una muñeca vestida de narices!

FEDERICO.—¡No hables fuerte!

CARLOS.—Podemos hablar como nos dé la gana. Los vecinos de al lado están de veraneo. Y los de abajo se han marchado anteayer.

NURIA.—¿Cómo lo sabes?

CARLOS.—El sereno me lo ha contado.

NURIA.—¿No se extrañó de que hayamos regresado tan pronto?

CARLOS.—Le he dicho que hemos tenido que volver por la enfermedad de tu papá...

FEDERICO.—¿Y la dueña del piso? ¿Se ha ido?

CARLOS.—Esa no veranea.

NURIA.—Para fisgar...

CARLOS.—Que fisgue lo que quiera. Es inofensiva.

FEDERICO.—No hay que fiarse de nadie...

CARLOS.—Conozco el mundo mejor que vosotros... He trabajado en América, en Londres, en París... ¡Si yo os contara!

COSME.—No nos cuentes nada... Yo me encuentro malísimo...

FEDERICO.—Pues acuéstate y déjanos en paz...

COSME.—¿Por qué me tratáis así? ¿Es que uno no tiene derecho a acatarrarse?

CARLOS.—¡Cuando estamos trabajando, no! Y resulta que siempre que vamos a atracar, vas y te acatarras...

COSME.—¡Eso no es verdad!

FEDERICO.—¡Sí es verdad! ¡La última vez te pasó lo mismo!



COSME.—No fue la última vez. Eso fue hace un año en Marsella. Cuando lo del Banco Naviero.

CARLOS.—Es lo mismo, «NENE». El caso es que estuvimos a punto de fallar el golpe porque estornudaste y te oyó el cajero...

COSME.—Me oyó el cajero porque era un cotilla.

CARLOS.—Por lo que fuera, pero te oyó. Y ahora, ya lo ves. Casi pasa igual...

COSME.—Y ¿qué culpa tengo yo de que cambiase el tiempo en Burgos? Salimos de Madrid con un calor de chicharrera y allí se levantó un frío de tres mil diablos.

CARLOS.—El caso es que no hay atraco sin que tú estornudes, y así no hay quien trabaje tranquilo.

NURIA.—¿Y el viaje que nos ha dado? ¡Jolín! ¡Venga a toser y venga a quejarse! ¡Venga a quejarse y venga a toser!

COSME.—Debéis perdonarme. Estoy muy malo. Tengo titiritera...

NURIA.—¿Has tomado las aspirinas que te compré allí?

COSME.—Sí. Tomé dos.

NURIA.—Pues acuéstate y toma otra.

CARLOS.—Espera un poco. Antes vamos a sacar esto y a charlar un rato. (*Destapa el termo y saca de dentro un pañuelo, que extiende sobre el sofá. Después vuelca el termo sobre el pañuelo. Caen varias alhajas.*) A pesar de todo, la cosa ha ido bien y el golpe ha salido redondo.

FEDERICO.—Pero éste estornudó y se le cayó el pañuelo con el que se tapaba la cara. Pueden reconocerle.

CARLOS.—No hay cuidado. Cuando se le cayó el pañuelo, ya el joyero estaba sin sentido.

NURIA.—¿Estás seguro?

CARLOS.—Seguro. Por esa parte podemos estar tranquilos. «El Nene» en su trabajo, se ha portado bien.

COSME.—Gracias, Carlo. Es que pongo ilusión.

CARLOS.—Todos nos hemos portado bien, y aquí está el resultado. (*Por las joyas, que todos se han levantado a contemplar.*) ¿Eh? ¿Qué os parece?

NURIA.—¿Cuánto calculas?

CARLOS.—Lo que pensamos. Cerca del millón.

COSME.—¿Y «El Duque»? ¿Se quedó con algo?



CARLOS.—Con el diamante, para no tener juntos el lote. Entre los cinco repartiremos más de millón y medio.

FEDERICO.—No está mal.

CARLOS.—¿Que no está mal? ¿Qué ganabas tú de camarero? ¿Y tú, «Nene», en Pamplona, con tu viejo «taxi»? ¿Y tú, de tanguista?

NURIA.—¿Qué importa lo que ganase, si tenía una profesión honesta?

FEDERICO.—¡Calla, idiota!

NURIA.—¿Por qué he de callarme? ¿Es que no es verdad?

CARLOS.—¡Calla y dame el plástico! (NURIA ha sacado antes una bolsita de plástico de su maletín y ahora se la da a CARLOS. CARLOS guarda las joyas en la bolsita y se levanta y la esconde dentro del tiesto. Y dice a NURIA:;) Vuelve a echar la tierra por encima...

NURIA.—Sí.

(Y hace lo que le han dicho.)

CARLOS.—Y ahora las consignas, y a atar cabos. (A FEDERICO.) ¿Tu pistola?

FEDERICO.—Ya la he escondido en su sitio. En el dormitorio.

CARLOS.—¿De verdad?

FEDERICO.—Pues claro.

CARLOS.—(A COSME.) ¿Y la tuya?

COSME.—(La saca del bolsillo interior de su chaqueta.) *Aquí está.*

CARLOS.—Escóndela también...

COSME.—¿En la butaca?

CARLOS.—De momento, vale.



(COSME esconde su pistola en el hueco que queda entre el asiento y los brazos de la butaca. FEDERICO saca unos guantes del bolsillo del pantalón.)

FEDERICO.—¿Los guantes?

CARLOS.—Son normales, como los míos. No hay por qué esconderlos.

COSME.—(Saca otros del bolsillo de la americana.) ¿Y éstos?

CARLOS.—Son ya muchos guantes. Escóndelos tú...

COSME.—(Señala otro rincón de la butaca.) ¿Aquí?

CARLOS.—El caso es no moverte, ¿verdad?

COSME.—¡Me encuentro tan cansado!

(Y esconde los guantes en la butaca.)

NURIA.—Ya está listo el tiesto.

CARLOS.—Colócalo en la terraza, entre los demás.

(NURIA saca el tiesto a la terraza.)

NURIA.—¿Aquí está bien?

CARLOS.—Ahí vale. (NURIA coge el periódico y lo sacude también en la terraza. Después lo deja en su sitio, doblado.) ¿Nada de particular en las maletas?

COSME.—Nada.

FEDERICO.—Nada.

NURIA.—Lo que llevé es lo que traigo.



CARLOS.—¿Las herramientas?

FEDERICO.—En el coche, con las demás.

CARLOS.—¿El cloroformo?

FEDERICO.—Lo tiré en Aranjuez, en una acequia.

CARLOS.—¿La gitana?

NURIA.—Encerrada con llave en el armario.

CARLOS.—Ahora puntualicemos... Ante todo, debemos estar tranquilos.

COSME.—En lo que cabe, claro.

CARLOS.—En lo que cabe, pero tranquilos. Ningún hilo ha fallado y «El Duque» está contento. Esto quiere decir que no hay peligro. (A FEDERICO.) ¿Cuánto tiempo calculas que le durará al joyero el efecto del golpe?

FEDERICO.—Tres horas o cuatro. Le di fuerte, en la nuca.

CARLOS.—Bien. La operación fue a las ocho, cuando estaban cerrando. Normalmente el tipo se queda solo en la joyería hasta las diez y media. En su casa, por tanto, no se empezarán a alarmar hasta eso de las once. Total, que hasta esa hora no descubrirán nada.

FEDERICO.—Como estaba previsto.

COSME.—Igual que en *Fango en la ciudad*.

CARLOS.—No. En *Fango en la ciudad* se entraba en la joyería por la puerta de escape y no por la principal.

FEDERICO.—Pero lo que decía la chica para distraer al joyero era lo mismo.

CARLOS.—No era lo mismo.

NURIA.—Siempre te equivocas de película, hijo. Eso que tú dices era en *Muertos al minuto*.

FEDERICO.—Entonces, ¿cuál es la técnica que hemos seguido en este golpe?

CARLOS.—La de *Melocotón en almíbar*.

NURIA.—¿Aquella tan dramática donde electrocutaban a cuatro y estaba tan guapo Marlon Brando?

COSME.—¡Ah, ya caigo! Sí, que estaba muy guapo. Y que al final salía un «cabaret»...

NURIA.—No. Una estación de ferrocarril.

FEDERICO.—¡Cuidado que eres burro! ¡No te enteras nunca de nada!



COSME.—No soy un burro. Es que entre el catarro, la técnica y tanta película me estoy armando un jaleo.

CARLOS.—Gracias a la técnica salen las cosas bien.

FEDERICO.—Pero tampoco hay que copiar tanto... Es como esto de alquilar un piso amueblado, en lugar de irnos a un hotel.

CARLOS.—Es en los hoteles donde la Policía mete las narices. En las películas y en todas partes.

COSME.—Pero es que aquí, Doña Pilar no hace más que subir a ver si hemos roto algún cacharro o si le hemos atrancado el grifo de la cocina. Y un día se va a oler algo...

CARLOS.—DOÑA PILAR es inofensiva y no importa que suba a lo que sea. (*Furioso.*) ¡Y menos pegas! ¡Basta ya!

FEDERICO.—Bueno, sigue. Estábamos en Burgos.

CARLOS.—A las once, aproximadamente, se habrá descubierto en Burgos el atraco. Y a esa misma hora nosotros dejábamos la carretera de Irún y dábamos un rodeo para llegar a la de Andalucía. El cambio de matrícula y la coartada de Aranjuez no han podido salir mejor. Ya «El Duque» está en su hotel en la calle de Ferraz, vigilando la otra joyería... Y nosotros aquí en casita. Total, asunto terminado. Y ahora, a esperar el sábado.

COSME.—¿Tan pronto?

CARLOS.—Sí. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

COSME.—Miedo, no... Pero si me sigue este catarro y toso... Porque yo me encuentro malísimo.

FEDERICO.—Estarás ya curado... Faltan aún tres días.

CARLOS.—y después del sábado, a volar.

NURIA.—(*Lírica.*) ¡A volar!

CARLOS.—Sí. A volar... ¿Qué ocurre?

NURIA.—(*Excitada, nerviosa.*) ¡Que sólo pienso en eso! ¡En volar! ¡En marcharme! ¡En terminar la serie y poder estar tranquila lejos de aquí y en no tener que veros más! ¿Lo oís?

¡En eso pienso! En no tener padres postizos, ni maridos falsos, ni tíos como tú... En volver a ser una mujer honrada...



(Y se echa a llorar.)

CARLOS.—Dale el chicle, Fede.

FEDERICO.—(Le da una pastilla.) *Toma.*

NURIA.—(*Se mete la pastilla en la boca.*) Gracias. Cuando estoy cansada empiezo a delirar. Quisiera irme a dormir.

CARLOS.—Espera. Aún faltan las consignas. El que hable aquí de Burgos se juega la cabeza. Burgos, para nosotros, debe ser como si no existiera. ¡Borrado del mapa! ¿Entendido?

COSME.—¡Me lo vas a decir a mí! ¡No fue el cambio de tiempo lo que me puso malo! ¡Fueron los curas! Más de doce encontré en la calle al mediodía. Y ya sabes lo que me pasa a mí en cuanto veo un cura.

CARLOS.—¡Calla! Burgos no existe. Venimos de Sevilla, en donde hemos pasado tres días.

(Con el soniquete de algo muy aprendido.)

FEDERICO.—En casa de unos venezolanos compatriotas nuestros...

(Igual.)

NURIA.—Hemos salido de allí muy de mañana, porque papá no se encontraba bien, y pensamos que lo mejor era regresar.

FEDERICO.—¿Y nada más?...

CARLOS.—Sí. Hay más. Seguimos sin tener ningún amigo en Madrid. No conocemos a nadie. «El Duque», como siempre, no aparecerá por aquí, y yo seré el único que sirva de enlace. (*Se levanta y va al mueble-bar, en donde deja su chaqueta.*) Y



esto es todo. Tranquilidad absoluta y nada de nervios. (A «El Nene».) Y tú, «Nene», a sudar el catarro, y nosotros, a descansar...

(Suena un timbrazo fuerte. Todos se quedan paralizados por el miedo. «El NENE», que estaba ya levantado, saca una pistola del bolsillo de su americana. FEDERICO, otra del pantalón. Los cuatro personajes se miran sin saber qué decisión tomar. Un gran silencio.)

FEDERICO.—Nos han seguido.

CARLOS.—(Sonríe.) No.

FEDERICO.—¿Quién llama, entonces?

CARLOS.—Yo. Mira.

(Y aprieta el pulsador corriente del timbre de la casa, que hay junto al mueble—bar y que había tocado antes disimuladamente.)

FEDERICO.—¿Por qué has hecho eso?

CARLOS.—Para que no vuelvas a mentir, estúpido, y cumplas las órdenes que se te dan. Conque, habías escondido la pistola, ¿eh? Vamos, dame...

(Y se la quita de la mano.)

¿No sabes que no hay que llevar armas encima? Y tú, «Nene», ¿por qué llevas dos? ¿No te sobra con la que has escondido? ¡Dame ésa! («El NENE» *se resiste.*) ¡A obedecer!

COSME.—Toma.



(Y le da su pistola, que CARLOS guarda.)

CARLOS.—¡Y a la cama en seguida!

NURIA.—¿Tienes el tubo de aspirina?

COSME.—Sí. En el bolsillo. Voy a tomar otra ahora... La verdad es que me encuentro francamente mal... Adiós, Carlos... y perdóname.

CARLOS.—Adiós.

COSME.—Buenas noches.

FEDERICO y NURIA.—Buenas noches.

(Y «El NENE» hace mutis con su maletín por la izquierda y deja cerrada la puerta. CARLOS coge su americana y su maleta y va hacia la derecha.)

CARLOS.—Y yo también me voy a acostar... Estoy rendido y ahora es cuando lo noto... Son muchas horas de tensión nerviosa...

NURIA.—¿Dejo el tiesto donde está?

CARLOS.—(Seco.) ¿Qué tiesto, querida?

NURIA.—(Sorprendida.) ¿Cuál va a ser?

CARLOS.—(En tono de farsa.) No sé de qué tiesto me hablas, sobrinita... Nosotros somos una familia venezolana que se lleva muy bien, que venimos de Sevilla de hacer turismo, y que estamos un poco cansados y que nos vamos a descansar... Y aquí no hay tiestos especiales ni nada que ocultar... ¿Entendido? Pues buenas noches...



(Y hace mutis por la derecha. NURIA le ve marchar por el pasillo.)

NURIA.—¡Fantoche!

FEDERICO.—¡Calla!

NURIA.—¿Por qué he de callar? ¿Quién es él para tomar el mando?

FEDERICO.—«El Duque» se lo ha dado.

NURIA.—¿Y qué eres tú aquí, entonces? ¿Un cero a la izquierda?

FEDERICO.—(*Temeroso de que le oigan.*) ¡Calla, NURIA!

NURIA.—¡Calla! ¡Calla! ¿Callaste tú cuando te conocí? ¡No! ¡Tú no callaste! Hablabas sin parar como un moscardón, hora tras hora, para convencerme y engañarme... «Vivirás tranquila junto a mí. No tendrás que hacer el perro por las noches, ni pisar más pista de baile, ni beber explosivos, ni pescar jaquecas con el *cha-cha-chá*». ¡Justo las palabras que yo quería oír desde hacía mucho tiempo para cambiar de vida y tomarme un poco de reposo!..., porque llega un momento en que las trompetas de la orquesta te hacen los sesos agua y darías cualquier cosa por no tener orejas...

FEDERICO.—¡Calla, NURIA!

NURIA.—¡No! ¡No callo! Y entonces llega un hombre y te habla en voz baja y te promete todo... «¡Vivirás conmigo, tranquila, en un hogar feliz!... Nada de bebidas alcohólicas, que te hacen pupa al hígado... Nada de bailongos ni de copetines... El día de mi santo te presentaré a mi mamá... Cuando nos aburramos en casa de la televisión, viajaremos por Río y Buenos Aires, donde yo tengo negocios de chatarra...». ¡Mentira podrida! ¡La mamá no existe! ¡Ni la chatarra! ¡Ni Río, ni Buenos Aires! ¡Todo falso! ¡Sólo existe esto! ¡Miedo! ¡Nervios! ¡Y unas ganas de llorar muy grandes y de echarlo todo a rodar!...

FEDERICO.—¡No puedes decir eso! Sabes que tengo otros proyectos...

NURIA.—¿Cuáles?

FEDERICO.—Lo sabrás cuando llegue el momento...

NURIA.—¡Todo mentira! ¡No es verdad! ¡Mientes!



(*FEDERICO*, nervioso, la agarra de un brazo y se lo retuerce apretando, mientras dice:)

FEDERICO.— ¡Calla de una vez!

(*NURIA* acusa el dolor. Baja la cabeza y cambia de tono.)

NURIA.— Has hecho bien en lastimarme. Lo necesitaba. Dame un beso, guapo.

FEDERICO.— (*Se lo da.*) Toma.

NURIA.— Gracias.

FEDERICO.— De nada.

(Y va hacia la llave de la luz.)

NURIA.— Espera... ¿Oyes? El niño...

(Y se queda escuchando.)

FEDERICO.— ¡Ah! Sí, llora.

NURIA.— Pobrecito...

(FEDERICO apaga la luz.)



FEDERICO.—¿Vamos?

NURIA.—Vamos...

(Y van hacia la puerta de la derecha.)

FEDERICO.—¡Qué calor!

NURIA.—Muchísimo...

(Hacen mutis. La escena queda sola y únicamente iluminada por la luz de la luna que entra por la terraza.)Telón



ACTO PRIMERO

El mismo decorado. Han pasado dos días y son las ocho de la tarde. La terraza está abierta y el calor continúa. En un tocadiscos de la vecindad se escucha el bolero *Bésame mucho*, o *Bésame así, así...*

(Al levantarse el telón vemos a *FEDERICO* paseando nervioso de un lado a otro de la escena. Viste pantalón y va en mangas de camisa. Deja de pasear y se sienta en el escalón de la terraza, mirando al tiesto en donde escondieron las joyas. Poco después entra *NURIA* por la derecha. Ahora viste una bata muy ligera de casa y va en zapatillas. Está preocupada; se sienta en una butaca y enciende un cigarrillo.)

NURIA.—¿Otra vez el mismo disco?

FEDERICO.—Ya lo oyes. Por lo visto, esos vecinos no tienen otro... ¿Qué hacías tú?

NURIA.—Con la muchacha, en la cocina.

FEDERICO.—¿Se ha ido ya?

NURIA.—Sí.

FEDERICO.—¿Qué piensa de nosotros?

NURIA.—Nada. ¿Qué va a pensar? Su señora le ha dicho que nos ayude en todo lo que necesitemos... Ha servido la leche y ha fregado la cocina... Y ahora ha bajado a ponerla al corriente de lo que ha dicho el médico...

FEDERICO.—¡Y subirá y dará la lata!

NURIA.—No lo podemos evitar...

FEDERICO.—¡Pero siempre tenemos la casa llena de gente!



NURIA.—¡No exageres! Sólo han venido el médico, la chica, y Doña Pilar.

FEDERICO.—¡Y ayer vino una señora a ver el piso! Y se metió por todas partes...

NURIA.—No podemos negarnos. Doña Pilar quiere alquilarlo cuando nos vayamos nosotros.

FEDERICO.—Pero si alguno de los que vienen se da cuenta de algo...

(Ha dejado de oírse la música del tocadiscos.)

NURIA.—¿Y qué le vamos a hacer, si se nos ha puesto malo «El Nene»? No podemos dejarle morir...

FEDERICO.—¿Y CARLOS? ¿Por qué tarda tanto?

NURIA.—Se habrá entretenido con «El Duque».

FEDERICO.—¿Y si se han largado los dos?

NURIA.—El tiesto está ahí... No hay que preocuparse...

FEDERICO.—Pero ellos tienen el diamante...

NURIA.—¡No te pongas nervioso! ¡Estás muerto de miedo!

(Ha sonado el timbre de la puerta. NURIA y FEDERICO se miran asustados. FEDERICO, antes de abrir, observa por la mirilla. Entra CARLOS con un paquete en la mano.)

CARLOS.—Hola.

FEDERICO.—Hola.

CARLOS.—¿Cómo sigue «El Nene»?

NURIA.—Igual. Hecho polvo.

FEDERICO.—(Por el paquete.) ¿Son las medicinas?



CARLOS.—(Mientras deja el paquete sobre la mesa.) Sí. Aquí está todo. Las inyecciones, el calmante, la jeringa, el alcohol y las demás cosas...

NURIA.—¿Viste al «Duque»?

CARLOS.—(Se quita la americana.) Claro.

FEDERICO.—¿Y qué dice?

CARLOS.—Nada. Según él, todo marcha perfectamente y no hay que preocuparse en absoluto.

NURIA.—Pero la enfermedad de éste...

CARLOS.—Si no se muere, tampoco le preocupa. Pero su muerte ahora podría traernos disgustos. Ya sabes... Por la documentación...

FEDERICO.—¿Y el asunto de mañana? ¿Se hace o no se hace?

CARLOS.—Esta noche lo decidirá. Iremos más tarde a reunimos con él.

FEDERICO.—¿Has ido en el coche?

CARLOS.—Sí. Y lo tengo abajo, para luego. Él no lo necesita...

FEDERICO.—¿Le has dicho lo de la enfermera?

CARLOS.—Tampoco le importa, si tenemos cuidado de no irnos de la lengua. El caso es que se cure.

NURIA.—¿Entonces?

CARLOS.—Entonces, nada. A no tener miedo y a esperar...

(Y ahora suena el timbre y los tres tienen miedo, como siempre que suena. CARLOS le hace una seña a NURIA, y ésta va a observar por la mirilla.)

NURIA.—DOÑA PILAR.

CARLOS.—Abre. No. Espera. (A FEDERICO.) Tú entra con «El Nene»... Que vea que nos ocupamos de él.

FEDERICO.—Sí.

(Y después de coger su americana, hace mutis por la puerta de la izquierda, que deja cerrada como antes estaba.)



CARLOS.—(Mientras se pone su chaqueta.) *Abre ya.*

(*NURIA abre la puerta del foro. Entra DOÑA PILAR, con un vestido sencillo de calle. Unos sesenta años. Simpática y servicial, pero un poco tontaina. Trae una labor de ganchillo. Un pequeño tapetito a medio terminar.*)

NURIA.—¿Qué tal, Doña Pilar? Pase usted, pase usted...

DOÑA PILAR.—Muchas gracias, Nuria.

CARLOS.—¡Tanto bueno por aquí!

DOÑA PILAR.—Buenas tardes, don Carlos.

CARLOS.—Muy buenas tardes. Encantado de verla.

DOÑA PILAR.—Lo mismo le digo.

CARLOS.—Muchas gracias.

DOÑA PILAR.—Figúrese que ahora mismo acabo de llegar a casa y la chica me ha dado la noticia. Y he subido en seguida, claro... Pero ¡qué barbaridad! ¡Qué mala suerte!

CARLOS.—En efecto, señora.

NURIA.—¿No quiere usted sentarse?

DOÑA PILAR.—Sí, claro está que sí. Desde luego. He subido para hacerles a ustedes compañía. Y hasta me he traído esta laborcita. Supongo que no les molestará.

NURIA.—Por Dios, señora, nos encanta. Siéntese usted aquí, que tendrá más luz.

DOÑA PILAR.—(*Se sienta en una butaca junto a la terraza.*) Muchas gracias. Como me voy a quedar aquí un buen rato, así, al mismo tiempo que les acompaño, termino este pañito.

CARLOS.—Muy bien hecho.

DOÑA PILAR.—(Toca una de las patas de la butaca en donde está sentada.) Esta pata de la butaca se está moviendo un poco.



NURIA.—No hemos notado nada.

DOÑA PILAR.—Sí. Un poquito se mueve. De sentarse en los brazos, claro. Lo de siempre. Pues ya les digo... ¡Qué barbaridad! Y ustedes que pensaban que sólo se trataba de un simple resfriado.

CARLOS.—Pues ya ve. Una pulmonía doble.

DOÑA PILAR.—Habrán ustedes comprendido que tenía yo razón al mandarles a don Vicente. Y pueden ustedes fiarse de lo que él diga, porque es un médico buenísimo y de toda mi confianza. Cuando se murió mi marido, fue él quien lo curó. Usted, NURIA, estará deshecha.

NURIA.—Puede usted figurárselo.

DOÑA PILAR.—¿Y su esposo?

NURIA.—Con papá en la alcoba. No se separa de su lado.

DOÑA PILAR.—¡Pobrecillo! ¡Una enfermedad así, y pillarle tan lejos de la patria querida!

CARLOS.—Efectivamente.

DOÑA PILAR.—Y el enfermo supongo que también estará deshecho.

NURIA.—Él más que nadie, por la fiebre.

DOÑA PILAR.—¿Y le duele?

NURIA.—¿El qué?

DOÑA PILAR.—No sé. Lo que sea.

NURIA.—No. Eso, no.

DOÑA PILAR.—Y en resumidas cuentas, ¿qué ha dicho don Vicente?

CARLOS.—Va a someterle a un fuerte tratamiento con antibióticos, para ver si la infección hace crisis.

DOÑA PILAR.—Claro que hará crisis, pobrecito mío... ¿Y ha empezado ya el tratamiento?

CARLOS.—Yo he ido a comprar todas las medicinas que ha recetado, y ahora estamos esperando a que venga una enfermera.

DOÑA PILAR.—¡Ah, muy bien!

NURIA.—Parece ser que hay que inyectarle cada dos horas, y por eso el doctor ha dicho que nos mandará una enfermera de su clínica para que se quede aquí cuidándole toda la noche...



DOÑA PILAR.—Claro que sí... Me parece muy bien. La cuestión es salvarle la vida. Y si no se muere, ¿se vuelven ustedes a Venezuela o se quedan aquí?

CARLOS.—Aún no lo hemos decidido.

DOÑA PILAR.—Es que ya saben ustedes que ayer vino aquella señora a ver el piso y le gustó mucho... Y, claro, a mí me interesa saber si se muere o no se muere, para darle una contestación definitiva.

CARLOS.—Comprenderá que en estos momentos...

DOÑA PILAR.—Claro, claro... Ya me hago cargo...

(Y entra *FEDERICO* por la puerta de la izquierda. Ya se ha puesto la americana.)

FEDERICO.—Buenas tardes, señora.

DOÑA PILAR.—¿Qué tal, don Federico? Hecho cisco, ¿verdad?

FEDERICO.—Puede usted imaginarse.

NURIA.—¿Cómo sigue papá?

FEDERICO—Ahora está despierto.

NURIA.—Voy a entrar a verle.

DOÑA PILAR.—(*Levantándose.*) Yo la acompaño. Pobrecito mío. Hay que darle ánimos.

(*NURIA*, desde la puerta de la izquierda, se dirige al interior.)

NURIA.—¡Papá! ¡Está Doña Pilar! (*Y se vuelve a DOÑA PILAR.*) Sí. Pase usted.

(Y hace mutis *DOÑA PILAR*, seguida de *NURIA*, que cierra la puerta.)



FEDERICO.—¿Has visto?

CARLOS.—¿Qué?

FEDERICO.—Se ha traído labor y todo... ¿Es que se va a pasar aquí toda la tarde?

CARLOS.—No te preocupes. Cuando nos convenga la echaremos. ¿Y «El NENE»?

FEDERICO.—Está muerto de miedo.

CARLOS.—¿Por la enfermedad?

FEDERICO.—Por todo. Supone que le vamos a dejar tirado.

CARLOS.—¿Le has dicho que todo marcha bien y que podemos estar tranquilos?

FEDERICO.—Sí. Pero no se fía. Quiere leer el periódico.

(Suena el timbre de la puerta. Los dos, como siempre que suena el timbre, quedan paralizados.)

CARLOS.—La enfermera, quizá... (*Y va hacia la puerta de entrada. Observa por la mirilla. Se vuelve a FEDERICO.*) No hay nadie.

(*FEDERICO se da cuenta de que están echando el periódico por debajo de la puerta y va a cogerlo.*)

FEDERICO.—¡Es el periódico!

CARLOS.—¡Dame!

FEDERICO.—No. Yo antes.

CARLOS.—(*Con autoridad.*) ¡Vamos, quita! (*Lo hojea rápidamente hasta encontrar la sección que le interesa. Y lee, al mismo tiempo que lo hace FEDERICO por encima de su hombro.*) ¿Ves? Nada. Lo de siempre. El despiste total.



(Sale *NURIA* de la izquierda.)

NURIA. — ¿Quién era?

CARLOS. — El periódico.

NURIA. — ¿Algo?

CARLOS. — Nada.

NURIA. — Dame. Me lo ha pedido. Quiere leerlo.

(Y va a volver a entrar cuando sale *DOÑA PILAR*.)

DOÑA PILAR. — Pero ¿cómo va a leer el periódico, con la calentura que tiene?

NURIA. — Así se distraerá un poco.

DOÑA PILAR. — Pero se puede poner peor...

NURIA. — No se preocupe.

(Y vuelve a entrar con el periódico en la habitación. *DOÑA PILAR* se sienta otra vez.)

FEDERICO. — ¿Cómo le encuentra usted, señora?

DOÑA PILAR. — Pues bastante pachucho, para qué nos vamos a engañar... ¡Y además tiene un susto!... Caro que, en realidad, es para tenerlo... (Suena el timbre de la puerta. *NURIA* sale de la izquierda y cierra la puerta. Todos se quedan quietos y asustados, como siempre que suena el timbre. *DOÑA PILAR* les mira extrañados.) ¿No abren ustedes?

CARLOS. — Sí, claro. ¿Cómo no?

(Y abre la puerta del foro y vemos a *SOR MARÍA* de los ángeles, una Hermana de la Caridad, con gesto dulce y sonriente.)



SOR MARÍA. — Ave María Purísima.

DOÑA PILAR. — Sin pecado concebida.

CARLOS. — ¿Qué desea usted?

SOR MARÍA. — ¿Puedo pasar?

CARLOS. — Sí. Pase...

(SOR MARÍA avanza. CARLOS cierra la puerta.)

SOR MARÍA. — Pues me envía don Vicente.

CARLOS. — ¿Don Vicente?

SOR MARÍA. — Don Vicente Palermo, el doctor. El de Serrano, 180.

DOÑA PILAR. — ¡Ah, sí! Claro. Nuestro médico... Y ¿por qué la envía don Vicente, hermana?

SOR MARÍA. — ¿Ustedes no son los señores de González?

CARLOS. — Sí.

SOR MARÍA. — ¿Y no esperaban ustedes una enfermera?

CARLOS. — Sí. Eso esperábamos. Una enfermera.

SOR MARÍA. — Pues resulta que todas las enfermeras de la clínica estaban comprometidas para salir con sus novios. Y don Vicente me ha enviado a mí para que cuide del enfermo.

CARLOS. — ¡Ah!

DOÑA PILAR. — Pues ha hecho muy bien don Vicente enviándola a usted. ¿No les parece?

NURIA. — Sí. Muy bien...

DOÑA PILAR. — Siéntese, hermanita, siéntese.

(Y le señala una butaca que hay en el centro.)



SOR MARÍA.—Dios se lo pague. Muchas gracias. (*Y se sienta.*) ¡Mira qué butaquita tan cómoda!

DOÑA PILAR.—¿Verdad que sí?

SOR MARÍA.—Muy cómoda. Qué calor, ¿verdad?

NURIA.—Mucho.

SOR MARÍA.—En verano, ya se sabe... ¿Han traído ya las medicinas que encargó don Vicente?

CARLOS.—Sí. Las acabo yo de ir a buscar. Aquí está todo, en este paquete.

SOR MARÍA.—Muy bien, muy bien... Ya traigo apuntadas las instrucciones que me ha dado el doctor... ¿Dónde está el enfermo?

NURIA.—(Indicando la puerta de la izquierda, que está cerrada.) *Ahí. En esa alcoba.*

SOR MARÍA.—¡Por Dios! Y ¿cómo le permiten que esté leyendo el periódico, con la fiebre que tiene?

(Todos se miran asombrados. Sobre todo, la familia *González*. Pero *SOR MARÍA* no se da cuenta de estas miradas y empieza a desenvolver el paquete de las medicinas.)

DOÑA PILAR.—¡Pero oiga, hermanita...!

SOR MARÍA.—¿Qué?

DOÑA PILAR.—Y usted, ¿cómo es que sabe...?

SOR MARÍA.—¿El qué es lo que sé...?

CARLOS.—Que el enfermo está ahí dentro, leyendo el periódico...

DOÑA PILAR.—¿Es que ve usted a través de las paredes?

SOR MARÍA.—¡Jesús, qué cosas dicen ustedes! ¡Pobrecita de mí!

CARLOS.—¿Cómo lo ha adivinado entonces?



SOR MARÍA.—No he adivinado nada... Lo que ocurre es que al llegar a esta casa no estaba la portera y en ese momento bajaba un repartidor de diarios y le he preguntado si sabía en qué piso vivían los señores de González. Él me ha dicho que vivían ustedes aquí, en el ático, y que acababa de dejarles el periódico... Y al no ver ahora aquí ningún periódico, he pensado que se lo han dado al enfermo para que se entretenga... Pero con la fiebre que tiene no debía leer... En fin, tampoco tiene demasiada importancia... El caso es que, con la ayuda de la Gracia Divina, el enfermo se reponga en seguida. (*Mirando las cosas que saca del paquete.*) Muy bien. El alcohol, el algodón, la jeringuilla, el calmante, los antibióticos, el disolvente... ¡Pero qué calor, Jesús Todopoderoso...! ¿Me dará usted un poquito de agua para hervir la jeringuilla?

DOÑA PILAR.—No faltaba más. Ahora mismo se la doy...

(Y va a buscar una jarra al mueble-bar.)

SOR MARÍA.—Pero ¡qué calor! ¡Como he venido andando desde la clínica, estoy sofocadísima...! Si vieran ustedes el calor que está haciendo en la calle... (A CARLOS.) Bueno, usted que es el que ha ido a la farmacia, lo sabrá...

CARLOS.—Yo no he notado tanto...

SOR MARÍA.—¡Claro! Mira qué gracioso... Como usted ha ido en automóvil... Así, cualquiera...

(Todos se miran extrañadísimos y van hacia ella.)

CARLOS.—Oiga, señora...

SOR MARÍA.—Sor María de los Ángeles, para servir a Dios y a usted.

CARLOS.—Bueno, Sor María de los Ángeles... ¿Cómo sabe usted que yo he ido en automóvil?

DOÑA PILAR.—¡Es verdad! Pero ¡qué monjita tan listorra!

SOR MARÍA.—¿Por qué soy listorra?



DOÑA PILAR.—¿Por qué va a ser? Porque lo sabe usted todo.

SOR MARÍA.—No. Si yo no sé nada... Pobrecita de mí...

FEDERICO.—Entonces, lo del automóvil...

SOR MARÍA.—¿Es que no tienen ustedes automóvil?

DOÑA PILAR.—Claro que sí... Han alquilado uno para disponer de él durante su estancia en España...

SOR MARÍA.—¿Y no ha ido usted en él a la farmacia?

CARLOS.—Sí.

NURIA.—Pero ¿cómo lo sabe?

SOR MARÍA.—Por Dios. Si no tiene importancia... Y, además, yo no sé nada, pobrecita de mí... Es que he visto en el membrete del papel en que venían envueltas las medicinas que las ha comprado en una farmacia de la calle de Ferraz, en lugar de comprarlas aquí, en Torrijos, donde hay tantas... Y, claro, en un caso urgente como éste, no se toma un taxi por gusto ni se va en tranvía hasta tan lejos... Entonces he pensado que tiene usted coche y que al mismo tiempo que iba a comprar las medicinas ha aprovechado para dar un paseo o para visitar a algún amigo que vive por allí...

DOÑA PILAR.—(A CARLOS.) ¿Es verdad?

CARLOS.—Sí. En efecto... he ido a dar un paseo por Rosales...

NURIA.—Como con la enfermedad de papá está siempre metido aquí dentro, y hace tanto calor...

SOR MARÍA.—Verdaderamente llevamos unos días terribles... Y ¿por qué no se quitan ustedes las chaquetas? A mí no me importa que estén en mangas de camisa... Claro que si se las han puesto porque ha venido esta vecina de visita... Bueno, digo yo que será una vecina que vive en la misma casa, porque como veo que no lleva bolso ni esas cosas... Y usted no tiene cara de ser de la familia, ¿verdad...?

DOÑA PILAR.—(Un poco cansada de tanto descubrimiento.) Mire usted, hermana... Yo vivo en el entresuelo, y estos señores, que han venido hace poco de Venezuela, me tienen alquilado este ático, que también es mío y que alquilo amueblado. Además de estos dos pisos, tengo una tiendecita de ropas de niños de la que me ocupo yo misma. Vivo sola, con una muchacha que se llama Rosa y es de Pozuelo, y yo me llamo Pilar Zancudo, viuda de Álvarez, para servir a Dios y a usted. ¿Qué? ¿Quiere saber alguna cosa más?

SOR MARÍA.—No, por Dios... Ya tengo bastante... (Y se vuelve a los González, que están de pie, atemorizados.) ¿Y ustedes por qué están de pie?



CARLOS.—Pues ya ve...

(Y se sienta. SOR MARÍA se fija en el tapetito que está haciendo DOÑA PILAR.)

SOR MARÍA.—¡ Ah! Ese tapetito que está usted haciendo es precioso...

DOÑA PILAR.—¿Le gusta?

SOR MARÍA.—Muchísimo... ¡Si yo tuviera tiempo para hacer tapetitos! ¡Con la falta que nos están haciendo en el convento! Desde luego, es precioso. ¿No les parece?

NURIA.—Sí. Precioso...

SOR MARÍA.—Y el piso éste también es muy bonito...

DOÑA PILAR.—¿Verdad que sí?

SOR MARÍA.—(Va hacia la terraza.) Y la terraza es muy rica... ¡Y qué flores tan lindas! ¡Con lo que me gustan a mí las flores!

DOÑA PILAR.—A mí también me gustan mucho...

(SOR MARÍA entra en la terraza.)

SOR MARÍA.—¡Pero, Jesús! Lo que no entiendo es que hayan regado todos los tiestos y hayan dejado uno sin regar... ¡Esta verbenita tan monísima!

(Y coge el tiesto, en el que están escondidas las joyas, con la consiguiente reacción de los González.)



NURIA.—Pues he regado yo misma esta tarde... Pero, por lo visto, este tiesto se me ha olvidado hoy.

SOR MARÍA.—¡Qué va! Lo menos hace dos o tres días que se le va olvidando... ¡Hay que ver! ¡Pero si está la planta sequita!... ¿No es verdad, señora?

DOÑA PILAR.—(*Se ha acercado.*) Sí que lo está, sí... Pero no tiene ninguna importancia...

SOR MARÍA.—Claro está que no... Además, yo me encargaré de regarla y ya verán cómo se espabila... En el convento tenemos un pequeño jardín, y nuestra querida Madre Superiora siempre me encarga a mí que me ocupe de él, porque dice que me doy muy buena maña para las flores... ¡Y es que me gustan tanto...! (*Y deja el tiesto en el suelo, en medio de la terraza.*) Bueno, ahora vamos a ver al enfermito...

NURIA.—Sí. Pase usted.

SOR MARÍA.—Si hiciesen ustedes el favor de entrar conmigo... Hay personas a las que al principio les impresiona mucho ver junto a su cama a una religiosa... Claro que, gracias a Dios, se van acostumbrando poco a poco, y después ya no quieren que nos separemos de su lado...

NURIA.—Pues si quiere usted pasar...

SOR MARÍA.—Usted delante.

NURIA.—Pero pasen ustedes primero...

(Y por la puerta de la izquierda hace mutis DOÑA PILAR, seguida de SOR MARÍA. NURIA antes de hacer mutis, cambia una mirada significativa con FEDERICO y CARLOS. Después cierra la puerta.)

FEDERICO.—(*Yendo a la terraza.*) Hay que quitar de aquí esta maceta.

CARLOS.—(*Le detiene.*) No, ahora, no... Se daría cuenta... Hay que dejarla donde está.

FEDERICO.—Tengo miedo...

CARLOS.—No te pongas nervioso.

FEDERICO.—¿Es que tú no lo estás? Se ha fijado en todo. Se da cuenta de todo. Viene por nosotros.



CARLOS.—No digas tonterías... ¿Qué sabe ella de nada? Todo ha sido casual...

FEDERICO.—Son demasiadas casualidades en tan poco tiempo. ¿Por qué fuiste tan lejos a comprar las medicinas?

CARLOS.—Las compré después de ver al «Duque». En su misma calle.

FEDERICO.—Y ¿por qué no en ésta? En la casa de al lado hay una farmacia.

CARLOS.—Pero ¿cómo iba a pensar yo...?

FEDERICO.—Hay que pensar en todo...

CARLOS.—Además, no tiene importancia. ¿Qué hay de sospechoso que las compre en un sitio o en otro?

FEDERICO.—De todos modos, hay que tener cuidado.

CARLOS.—Ya lo tengo. Y sé mejor que tú lo que tengo que hacer.

FEDERICO.—En este caso no lo has demostrado.

(NURIA sale de la alcoba de la izquierda. Vuelve a cerrar la puerta.)

NURIA.—¿Habéis visto? Estamos en peligro.

CARLOS.—¿Sois idiotas los dos? Sólo estaremos en peligro si perdemos la sangre fría.

NURIA.—¿Pero y lo del tiesto?

FEDERICO.—¿Por qué no lo has regado?

NURIA.—¿Cómo iba a suponer...?

CARLOS.—Hay que suponer todo...

NURIA.—¿Y tú? ¿Supusiste algo cuando compraste las medicinas tan lejos de aquí?

CARLOS.—Nada de lo que ha dicho tiene importancia... Lo que pasa es que tenéis miedo, y con miedo no llegaremos a ninguna parte... Vamos, callad ahora y dejadme a mí... Y estad naturales, como siempre. (Se abre la puerta de la izquierda y entra en escena SOR MARÍA, seguida de DOÑA PILAR.) ¿Cómo le encuentra usted, hermanita?



SOR MARÍA.—Pues no lo encuentro tan mal como pensaba... Y ya verán cómo, si Dios quiere, después de la primera inyección, mejorará bastante... Voy a ir hirviendo la jeringuilla.

(Y se pone a hacerlo.)

DOÑA PILAR.—Desde luego, en cuanto ha visto a la hermana parece que se ha animado mucho... Hasta se ha sentado en la cama y todo.

CARLOS.—Es que mi pobre hermano es tan piadoso...

SOR MARÍA.—Por eso me he permitido darle una estampita de la Santísima Virgen de los Desamparados...

FEDERICO.—¡ Ah! ¿Le ha dado usted una estampita?

SOR MARÍA.—Sí. Y le he dicho que si se encuentra peor, sería conveniente que viniese un cura a confesarle...

CARLOS.—Y ¿qué ha dicho él?

SOR MARÍA.—Ha dicho algo en voz tan baja que no le he entendido... Como está tan débil... Bueno, pues si me lo permiten, voy a lavarme las manos mientras hierve la jeringuilla. (A NURIA.) ¿Dónde está el cuarto de baño o la cocina? Así, de paso, tiraré estos papeles a la basura...

(Por los envoltorios de los medicamentos, que ahora acaba de coger.)

NURIA.—(A DOÑA PILAR.) ¿Quiere usted acompañar a la hermanita? Yo me encuentro tan fatigada...



DOÑA PILAR.—Pues no faltaba más... Para eso estoy aquí... Para ayudarles en todo lo que pueda... (*Y se dirige a la derecha.*) Pase usted por aquí. Y así le enseñaré la casa... (*A los González.*) Si es que ustedes no tienen inconveniente...

CARLOS.—Por Dios, señora... La casa es suya...

SOR MARÍA.—Como me tengo que quedar aquí toda la noche, siempre es bueno saber en dónde están las cosas...

DOÑA PILAR.—Pase usted, hermanita...

SOR MARÍA.—*Usted delante... Así me enseñará el camino.* (*DOÑA PILAR hace mutis.* SOR MARÍA va a seguirla, pero se vuelve y se dirige a NURIA y la mira con una sonrisa candorosa y tierna, como siempre que mira a NURIA.) *Cierre usted la terraza, señorita...*

NURIA.—¿La terraza? ¿Por qué la vamos a cerrar?

SOR MARÍA.—Porque a lo mejor se enfría el enfermo.

CARLOS.—¡Pero si está en la alcoba!

SOR MARÍA.—No importa. Tengo la impresión de que el pobrecito se va a levantar de un momento a otro... Cíerrela, por favor...

(*Y hace mutis por la derecha.*)

NURIA.—¿Por qué dice eso?

CARLOS.—¿Y yo qué sé?

FEDERICO.—Yo tengo mucho miedo...

NURIA.—y yo también.

CARLOS.—Si seguís así, vais a estropearlo todo...

FEDERICO.—Es que me está poniendo nervioso. Nos mira de una manera rara.

NURIA.—Sobre todo a mí... Como si me conociera de algo.

CARLOS.—¿De qué te va a conocer a ti una monja, si es la primera que ves en tu vida?

NURIA.—De todos modos, me mira mucho.

FEDERICO.—Y se sonríe siempre... Como si nos estuviera tomando el pelo.



(Por la puerta de la izquierda asoma la cabeza «*El NENE*». Va en pijama y con una barba de tres días.)

COSME.—¿Quién demonios ha traído aquí esta monja?

CARLOS.—¿Por qué te has levantado? ¿No ves que te vas a enfriar?

NURIA.—Hace corriente...

(Y cierra las puertas de la terraza.)

FEDERICO.—¡Vamos, vuélvete a la cama!

COSME.—¡No me vuelvo a la cama! ¡Quiero saber por qué está aquí esta monja!

NURIA.—¡Ya te he dicho que la ha mandado el médico!

COSME.—¡Él dijo que iba a mandar una enfermera!

FEDERICO.—Pero no había ninguna libre. Habían salido con los novios.

COSME.—¡Pues que hubieran venido con el novio! ¡Pero no quiero ver a esta monja a mi lado! (*Enseña una estampita.*) ¡Mirad lo que me ha dado! ¡Una estampita! ¡Y quiere traer un cura para confesarme!

CARLOS.—¡Vuélvete a la cama en seguida! ¿Qué quieres? ¿Ponerte peor? ¿No te basta habernos chafado nuestros planes con tu maldita pulmonía? ¡Vamos, Nuria! ¡Llévatelo!

COSME.—¡O se marcha esa monja o me lío a tiros con todo el mundo!

NURIA.—Vamos, que vienen...

(Y *NURIA* empuja a *COSME* a la habitación de la izquierda y cierra la puerta. Una pausa y entra *DOÑA PILAR*.)

DOÑA PILAR.—¡Qué encanto de monjita! Desde luego han tenido ustedes mucha suerte con que venga ella, porque parece listísima...



NURIA.—Sí, desde luego... Pero mi pobre padre...

DOÑA PILAR.—¿Qué le pasa a su padre?

CARLOS.—He hablado con él y le ha impresionado mucho ver a su lado a una religiosa.

DOÑA PILAR.—y ¿por qué esa impresión? ¿Es que en Caracas no tienen ustedes religiosas?

FEDERICO.—No es eso. Es que él se imagina que está muy grave.

DOÑA PILAR.—Pero eso es una tontería.

CARLOS.—De todos modos hemos pensado que quizá con un practicante...

DOÑA PILAR.—Mire usted, don CARLOS... Usted me perdonará que me meta en donde no me llaman, pero estamos en España y esto que usted dice no se puede hacer en España. Así es que si les han mandado a ustedes una monja, se tienen ustedes que chincar con la monja. ¿Entendido? Pues cuidado, que viene aquí, y se da cuenta de todo.

(Entra por la derecha SOR MARÍA con un jarro de agua.)

SOR MARÍA.—Pero ¡qué calor! ¡Qué calor! He traído este jarro con agua para regar la macetita... Ya pueden ustedes volver a abrir la terraza.

(Y NURIA lo hace.)

DOÑA PILAR.—Es verdad... ¿Por qué la habían cerrado?

SOR MARÍA.—Se habrá cerrado con el aire... Al abrir por allí dentro siempre se establece un poco de corriente... ¿No es verdad, Nuria?

(Y la mira con una dulce sonrisa, que inquieta a NURIA.)



NURIA.—Sí

—SOR MARÍA.—Pues tienen ustedes un piso muy bonito. Y la Cocina es una monería... Al que no deben ustedes volver a llamar es al fontanero ese que vino ayer por la mañana.

DOÑA PILAR.—(*Sorprendida, igual que los demás.*) ¿Pero ha venido un fontanero ayer por la mañana?

NURIA.—Sí. Vino a arreglar el grifo que se salía.

SOR MARÍA.—Y se sigue saliendo. Por eso digo que no lo deben ustedes volver a llamar...

DOÑA PILAR.—Pero ¿cómo sabe usted que vino ayer un fontanero?

SOR MARÍA.—No. Si yo no sé nada. Pobrecita de mí... Es que he visto en el desagüe unos hilos de estopa y un poco de masilla que está fresca aún... Por eso he calculado que vino ayer y que, además, es un chapucero... En el convento, en cambio, tenemos uno que trabaja muy bien y que es muy piadoso... Si ustedes quieren, yo les dejaré la dirección... (*Mientras habla ha preparado la inyección.*) Bueno, en fin, voy a ponerle la primera inyección a nuestro querido enfermito...

DOÑA PILAR— ¿La acompaño?

SOR MARÍA.—No es necesario. Y si grita mucho, no hagan ustedes caso. Es que fingirá que le hago daño para que llamen a un practicante...

(Y hace mutis por la izquierda.)

CARLOS.—Ha debido de oír lo que hablábamos antes.

DOÑA PILAR— ¡Pero si estaba en la cocina! ¿Cómo va a oírnos desde allí?

FEDERICO.— ¿Entonces por qué ha dicho lo del practicante?

NURIA.—Y ¿por qué me ha llamado a mí Nuria? ¿Le ha dicho usted cómo me llamo?

DOÑA PILAR.—Yo, no. Pero alguno de ustedes la habrá llamado Nuria delante de ella.



NURIA.—Yo creo que nadie me ha llamado Nuria.

CARLOS.—Yo no me acuerdo...

FEDERICO.—Ni yo tampoco.

DOÑA PILAR.—Pero no creo que eso tenga importancia, la verdad...

CARLOS.—Es bastante desagradable que lo sepa todo y se meta en todo.

DOÑA PILAR.—Pero ¿qué les importa? Ni ustedes ni yo tenemos nada que ocultar... Ahora que si se llega a meter en una de esas casas en donde hay tapujos, no quiero ni pensarlo... ¿No les parece? (*Y se oyen dentro los gritos de COSME.*) ¿Oyen ustedes...? Lo que ella dijo... No le falla una. ¿Pues y lo del fontanero? No me dirán ustedes que no tiene gracia.

NURIA.—(*Sin poder contener ya sus nervios.*) ¡A mí desde luego no me hace ninguna! Y ya me estoy cansando, ¿sabe usted? ¡Y no quiero que me mire más!

(Y se hecha a llorar y va hacia la derecha.)

CARLOS.—(*Enérgico.*) ¿Adonde vas?

NURIA.—A mi habitación...

CARLOS.—¿Para qué?

NURIA.—Para lo que sea.

COSME.—¡Nuria!

NURIA.—¡Déjame en paz!

(Y hace mutis por la derecha. DOÑA PILAR queda un poco sorprendida.)

DOÑA PILAR.—Está un poco nerviosa...



(*FEDERICO* trata de disimular.)

FEDERICO.— En cuanto oye quejarse a su padre, le pasa igual...

CARLOS.— ¡Es tanto el cariño que siente por él...!

(Sale *SOR MARÍA* de la alcoba. Además de la jeringuilla trae el periódico.)

SOR MARÍA.— Bueno, pues ya está... Ha hecho como que le ha dolido, pero no es verdad... Ya verán ustedes como no se queja cuando le ponga la segunda... Y además le he dado un calmante para que se duerma y descanse y no esté dando tantas vueltas en la cama...

DOÑA PILAR.— ¿Y le ha quitado usted el periódico?

SOR MARÍA.— Naturalmente. ¿A quién se le ocurre ponerse a leer con la fiebre que tiene? Y además lo tenía abierto por la página de sucesos... Figúrense... para sobresaltarse con las cosas que pasan... ¿Y la señorita? ¿Ha ido a vestirse?

FEDERICO.— No es señorita, sino señora. Se trata de mi esposa...

SOR MARÍA.— ¡ Ah, no sabía! Pues es muy finita y parece muy buena...

DOÑA PILAR.— La señora es hija del enfermo y sobrina de don Carlos, que es este otro señor...

SOR MARÍA.— ¡Ah, muy bien! Pero ¡qué tapetito tan mono!

DOÑA PILAR.— ¿De verdad le gusta?

SOR MARÍA.— Muchísimo... Y si viera usted la falta que nos hacen tapetitos así en nuestro convento...

DOÑA PILAR.— Ya me lo figuro, ya...

SOR MARÍA.— Y ¿dónde se enfrió nuestro enfermo?



(Y mientras habla seca la jeringuilla y lo deja todo preparado sobre la mesita. Y después se sienta.)

DOÑA PILAR.—Pues verá usted... Estos señores han llegado de Caracas para pasar una temporada en España, haciendo turismo... Y hace unos días se fueron a Sevilla...

SOR MARÍA.—¡Mira qué animados...!

DOÑA PILAR.—En donde por cierto me compraron una gitana de trapo preciosa... De la misma calle de las Sierpes...

SOR MARÍA.—Y ¿qué más?

DOÑA PILAR.—Pues nada. Que allí es donde se acatarró don Cosme y se tuvieron que volver precipitadamente...

SOR MARÍA.—¿Y no tomó nada en Sevilla?

CARLOS.—Sólo tomó aspirina...

SOR MARÍA.—¡Hay que ver! ¡Parece mentira! ¡Mira que enfriarse en agosto en Sevilla, con el calor que dicen que hace allí! En cambio en Burgos, después de varios días de calor, cambió el tiempo de repente y empezó a llover y a hacer frío... Pero frío, frío de verdad... Nos lo ha escrito la Madre Superiora del convento de allí, que siempre nos escribe hablándonos del tiempo...

DOÑA PILAR.—Es que en Burgos, ya se sabe... Se puede decir que no hay verano...

SOR MARÍA.—Y cuando se pone a hacer frío, hace más frío que en ninguna parte... Pero de todos modos, a mí es una ciudad que me gusta muchísimo. (*Se vuelve de improviso a FEDERICO y CARLOS.*) ¿Ustedes no han estado en Burgos?

(A FEDERICO se le cae una copa que tiene en la mano.)

FEDERICO.—No...

DOÑA PILAR.—¡Si no les ha dado tiempo...! Hace quince días que vinieron de Venezuela...



SOR MARÍA.—¿Directamente?

CARLOS.—No. De Venezuela a París, en donde estuvimos un mes. Y luego, en avión, a Madrid.

SOR MARÍA.—Mira que estar en París y no comprar ningún tubo de pasta de dientes ni ninguna crema...

DOÑA PILAR.—¿Por qué dice eso?

SOR MARÍA.—Porque en el cuarto de baño he visto que el jabón y todo es español, y los que vienen de Francia en seguida traen colonia y esas cosas... Aunque comprendo que es una tontería, porque en España tenemos de todo y casi más barato... Sobre todo cuando el cambio está a ocho... Pues como les iba diciendo, a mí me gusta mucho Burgos.

(Desde que ha iniciado esta conversación sobre Burgos, CARLOS y FEDERICO están nerviosos y atemorizados, y este último ya no puede más y se dirige a la puerta de la derecha, como antes hizo NURIA.)

CARLOS.—(Enérgico.) ¿Adonde vas?

FEDERICO.—Voy a ver lo que hace Nuria.

CARLOS.—Se estará vistiendo. Quédate aquí...

FEDERICO.—¿Por qué voy a quedarme?

CARLOS.—¡Porque es mejor!

FEDERICO.—¡Déjame en paz!

(Y hace mutis por la derecha. SOR MARÍA y DOÑA PILAR se quedan un poco extrañadas del tono que han empleado.)

SOR MARÍA.—(A CARLOS.) Pobrecito... Está muy nervioso el marido de su sobrinita, ¿verdad?



CARLOS.—Sí, mucho...

DOÑA PILAR.—La enfermedad del padre les tiene realmente preocupados...

(CARLOS se dirige a la puerta de la izquierda.)

SOR MARÍA.—¿Adónde va usted?

CARLOS.—Voy a ver cómo sigue mi hermano.

SOR MARÍA.—Es mejor dejarle descansar...

CARLOS.—(Nervioso. Descarado.) De todos modos quiero entrar a verle. ¿Pasa algo?

SOR MARÍA.—No. Nada. Si es usted su hermano tiene derecho a hacer lo que quiera.

(Y CARLOS hace mutis por la izquierda.)

DOÑA PILAR.—No debe hacer caso si están un poco bruscos... Es que la enfermedad de don COSME les ha hecho papilla sus proyectos...

SOR MARÍA.—Claro, claro. (Y mira a todos lados y después le dice en tono confidencial.) ¿Pero sabe usted lo que le digo?

DOÑA PILAR.—(Intrigada. También en voz baja.) ¿Qué?

SOR MARÍA.—No, ahora no, que parece que vienen... Quédense aquí y después se lo diré todo... ¡Pero qué tapetito tan mono...!

(Ya un poco nerviosa también.)



DOÑA PILAR.—Bueno, usted lo que quiere es que yo le dé el tapetito, ¿no es eso?

SOR MARÍA.—No. A mí no... Pero nuestra Orden es tan pobre...

DOÑA PILAR.—Bueno. Pues tome el tapetito.

(Y se lo da. Pero SOR MARÍA se lo devuelve.)

SOR MARÍA.—No, por Dios... Tampoco corre tanta prisa... Cuando usted lo termine... Y ya verá cómo Dios se lo paga...

(Salen de la derecha NURIA y FEDERICO. NURIA va vestida de calle.)

NURIA.—¿Y mi tío?

DOÑA PILAR.—Ha entrado en la alcoba.

FEDERICO.—¿A qué?

DOÑA PILAR.—¡Ah, no sé...!

(Sale de la derecha CARLOS.)

CARLOS.—¿Qué pasa?

FEDERICO.—Nada.

NURIA.—Que vamos a salir.

CARLOS.—¿Adónde?

FEDERICO.—No hagas preguntas tontas.

NURIA.—A tomar cualquier cosa por ahí...



DOÑA PILAR.—Nada de eso... No tienen por qué molestarse... Ya le he dicho a la chica que prepare un poco de cena para ustedes y lo que le ha mandado el médico a don COSME... Y ahora voy a bajar a decirle que prepare algo para Sor María.

SOR MARÍA.—¡Por Dios! ¡Si yo nunca tengo apetito!

FEDERICO.—Se lo agradecemos mucho, pero nos conviene dar una vuelta. Y, ya de paso, tomaremos algo en cualquier cafetería.

SOR MARÍA.—¿En qué cafetería? ¿En Rancho Grande?

(Los GONZÁLEZ se quedan atónitos.)

CARLOS.—¿Por qué dice usted eso?

FEDERICO.—¿Quién le ha dicho que vamos a Rancho Grande?

SOR MARÍA.—Por Dios, no me lo ha dicho nadie. Lo que pasa es que al tirar a la basura los papeles que llevé antes, vi en el cubo una cajita, así como de pastas, con un membrete que ponía: «Cafetería Rancho Grande». Y ahora, al oírles decir que iban a una cafetería, pensé que iban a ésa...

DOÑA PILAR.—Muy bien pensado, claro...

SOR MARÍA.—Y como en el membrete pone que la cafetería está en la calle de Ferraz, y también la farmacia está en la calle de Ferraz, pues he ido y me he dicho: ¡Cuidado que les gusta a estos señores la calle de Ferraz! ¡Ni que dieran globos...!

NURIA.—(Cerca de la puerta de salida, casi en trance de huir.) ¿Vamos?

FEDERICO.—Sí.

(Y FEDERICO hace mutis detrás de ella.)

CARLOS.—¡Esperar! ¡Yo voy con vosotros también...!

DOÑA PILAR.—¿Pero ha visto usted? ¡Qué manera más rara de irse!

SOR MARÍA.—Sí que es verdad...



DOÑA PILAR.—Y ella ni siquiera se ha despedido de su padre...

SOR MARÍA.—No hay que darle importancia... La pobre— cita está tan preocupada...

DOÑA PILAR.—¡Déjese usted de preocupaciones! Cuando se tiene un padre con pulmonía doble, no se va una a tomar bocadillos a Rancho Grande.

SOR MARÍA.—No se han ido a tomar bocadillos. Se han ido por no verme...

DOÑA PILAR.—¿Cómo por no verla?

SOR MARÍA.—Eso es lo que quería decir antes... Que en cuanto han visto a una monja se han puesto nerviosos. Y eso es porque no son creyentes...

DOÑA PILAR.—Sí. Algo de eso sí puede que sea... Incluso me lo han insinuado...

SOR MARÍA.—Claro que sí... ¿Qué otra cosa, si no, podría ser? Porque todos ellos tienen cara de buenas personas...

DOÑA PILAR.—Eso sí... Son una gente muy educada...

SOR MARÍA.—Y ella es muy finita... A mí lo que me da lástima es que la pegue el marido...

DOÑA PILAR.—¿Que la pega el marido?

SOR MARÍA.—Sí. ¿No ha visto un moradito que tenía en el brazo izquierdo?

DOÑA PILAR.—No me he dado cuenta, la verdad...

SOR MARÍA.—Pues sí... Lo tenía cuando estaba en bata. El marido, por lo visto, la había retorcido el brazo izquierdo.

DOÑA PILAR.—¡Qué barbaridad!

SOR MARÍA.—Y ahora, cuando se han ido dentro, le ha retorcido el brazo derecho. Al salir he visto que tenía unas huellas coloraditas...

DOÑA PILAR.—¡Pero entonces es un bestia!

SOR MARÍA.—No. Lo que pasa es que no son creyentes... Ya sabe usted que los extranjeros, en estas cosas, son un poquito descuidados. Y por eso mismo no los debemos tomar demasiado en cuenta...

DOÑA PILAR.—Eso será hasta cierto punto, porque el que la pegue el marido, a mí no me gusta ni pizca.

SOR MARÍA.—No debe usted preocuparse, porque a lo mejor no es el marido...

DOÑA PILAR.—¿Cómo que no es el marido?



SOR MARÍA.—Vamos, quiero decir que no están casados... Y, claro, siendo así, ya es distinto.

DOÑA PILAR.—Pero ¿por qué supone usted que no están casados?

SOR MARÍA.—¿Cuando vivía su marido usaban ustedes el mismo tubo de pasta de dientes?

DOÑA PILAR.—Sí. El mismo. Y siempre se enfadaba porque yo lo dejaba sin tapar... ¿Por qué me lo pregunta?

SOR MARÍA.—Por eso. Porque siempre se suele comprar uno para los dos. Y cuando ése se termina, se compra otro...

DOÑA PILAR.—Bueno, ¿y qué?

SOR MARÍA.—Que ellos usan uno cada uno.

DOÑA PILAR.—Serán de diferentes marcas.

SOR MARÍA.—No. De la misma marca. Lo he visto yo en la repisita del lavabo que tienen en el dormitorio.

DOÑA PILAR.—¿Y usted cree que eso significa que no están casados?

SOR MARÍA.—No. ¡Pobrecita de mí! Yo no creo que eso signifique nada.

DOÑA PILAR.—(*Ya un poco enfadada.*) ¿Por qué lo dice, entonces?

SOR MARÍA.—Porque como tengo la mala costumbre de ser tan observadora, en seguida pienso cosas que no debo... Nuestra querida Madre Superiora siempre me está reprendiendo por ser así, y la verdad es que yo no puedo remediarlo...

DOÑA PILAR.—Desde luego, hermanita, también a mí me parece que se pasa usted un poco de la raya... Y eso de la pasta de dientes, no es por nada, pero lo considero una tontería como una catedral...

SOR MARÍA.—Pues mire... puede que tenga usted razón... Y ahora estoy pensando que también es una tontería lo de las señalitas en los brazos.

DOÑA PILAR.—Claro está que sí...

SOR MARÍA.—Porque a lo mejor es que le han picado los mosquitos...

DOÑA PILAR.—Será lo más probable.

SOR MARÍA.—Indudablemente tienen caras de ser buenas personas, y Dios me perdone si les he juzgado de un modo tan ligero... ¡En fin! ¡Qué calor! Voy a ver lo que dice el periódico del tiempo...



(Ya un poco cansada de las cosas que dice *SOR MARÍA*, decide no hacerle demasiado caso.)

DOÑA PILAR.—Sí, hija. Mire usted lo que dice el periódico del tiempo.

(*SOR MARÍA* hojea el periódico, mientras *DOÑA PILAR* sigue con su labor.)

SOR MARÍA.—¡Ah! ¡Aquí viene lo del atraco ese de Burgos...! ¡Qué atrocidad!, ¿no le parece?

DOÑA PILAR.—(*Indiferente.*) Sí. Una atrocidad.

SOR MARÍA.—Todos los periódicos dicen lo mismo. Que no se sabe de ellos una palabra.

DOÑA PILAR.—Como que debieron cruzar la frontera de Irún en seguida. Y cualquiera los pesca ahora...

SOR MARÍA.—(*Deja el periódico y se levanta.*) ¡Ah! ¡Si se me había olvidado regar mi macetita!...

DOÑA PILAR.—Pero no se moleste... Ya regará la chica...

SOR MARÍA.—De ninguna manera... No sabe usted lo que a mí me gusta regar... Tengo aquí el jarrito con agua y voy a meter dentro el tiesto, porque fuera hace mucho bochorno...

DOÑA PILAR.—Sí, hermanita. Haga usted lo que quiera.

SOR MARÍA.—Pondré este plato debajo para que no se estropee la mesa...

DOÑA PILAR.—Eso. Muy bien hecho.

(Y pone el tiesto encima de un plato sobre la mesita.)



SOR MARÍA. — ¡Aquí está muy bien la macetita! Y hasta adorna un poco.

DOÑA PILAR. — Sí. Adorna muchísimo.

(Empieza a regar con mimo la planta, mientras sigue hablando.)

SOR MARÍA. — ¡y mira que llevarse esas joyas que valen tantísimo dinero...!

DOÑA PILAR. — Dicen que cerca de dos millones...

SOR MARÍA. — Ya ve... Y a lo mejor para gastárselos por ahí en tonterías... Con los necesitados que hay por el mundo... Con tanto pobrecito al que hay que socorrer... Si ese dinero llegase a nuestras manos, hay que ver las obras de misericordia que nosotras podríamos hacer...

(Tiene el tiesto en las manos, mirando la planta por un lado y por otro.
Suena el timbre de la puerta.)

DOÑA PILAR. — ¿Quién será?

SOR MARÍA. — No sé... Voy a abrir...

DOÑA PILAR. — No se moleste...

SOR MARÍA. — *Por Dios, no es molestia...* (Y abre la puerta del foro. Entra SUÁREZ, más conocido por «El DUQUE». Es el jefe de los atracadores.) *Ave María Purísima...*

(SUÁREZ entra y mira a un lado y a otro, extrañado.)

SUÁREZ. — Ustedes perdonen... Me parece que me he equivocado de piso...

DOÑA PILAR. — ¿A quién busca?



SUÁREZ.— A unos señores venezolanos que viven en el ático izquierda...

DOÑA PILAR.— Pues, sí... Es aquí.

SUÁREZ.— (*Vuelve a mirar a la monja y a DOÑA PILAR.*) No. Creo que estoy confundido...

SOR MARÍA.— No está usted confundido, no, señor... Yo soy la Hermana que estoy cuidando a uno de ellos, que se ha puesto enfermo en Sevilla, con pulmonía doble...

SUÁREZ.— ¡Ah!

DOÑA PILAR.— y yo soy la dueña del piso, DOÑA PILAR Zancudo...

SUÁREZ.— (*Muy extrañado de todo.*) ¡Ah!

SOR MARÍA.— El enfermo está en la alcoba, pero ahora está dormido. ¡Pobrecito! Parece ser que ha pasado muy mala noche...

DOÑA PILAR.— Y los otros no tardarán en volver... Puede usted pasar a esperarlos...

SOR MARÍA.— Eso... Pase, pase... Y siéntese.

SUÁREZ.— Gracias.

(Y va a sentarse en la butaca de la monja.)

SOR MARÍA.— No. Aquí, no, que ésta es mi butaquita...

SUÁREZ.— Perdone.

(Y se sienta en el sofá. Las dos le miran sonrientes. Él está totalmente desconcertado.)

DOÑA PILAR.— ¿Usted también es venezolano?

SUÁREZ.— Regular.



SOR MARÍA. — ¿Cómo regular?

SUÁREZ. — Quiero decir que más bien soy de aquí, de Madrid...

DOÑA PILAR. — Mucho mejor...

SOR MARÍA. — Y le pilla más cerca...

DOÑA PILAR. — (*Se levanta.*) Bueno, hermana, pues entonces yo voy a aprovechar que se queda usted acompañada para bajar un momento a casa a ver si están preparando ya la cena. ¿No le importa quedarse sola con este señor?

SOR MARÍA. — No. Nada de eso. (*A SUÁREZ.*) ¿Por qué va a importarme, verdad usted?

SUÁREZ. — (*Se levanta, viendo la ocasión de escabullirse.*) De todos modos, si ustedes prefieren que me marche... Puedo volver dentro de un ratito...

SOR MARÍA. — Nada de eso... Prefiero que se quede aquí haciéndome compañía.

SUÁREZ. — Como usted quiera.

(Y vuelve a sentarse.)

DOÑA PILAR. — Sólo bajo un momento para ocuparme del caldo de don COSME. Del que está enfermito, ¿sabe usted?

SUÁREZ. — Sí, claro.

SOR MARÍA. — Es que el médico le ha mandado que tome caldo.

SUÁREZ. — Muy bien hecho.

DOÑA PILAR. — ¡Ah! Y tome usted el tapetito, hermana. Ya está terminado.

SOR MARÍA. — Que Dios se lo pague, Doña Pilar.

DOÑA PILAR. — No merece la pena. Adiós, señor.

SUÁREZ. — Adiós, señora.

(Y DOÑA PILAR hace mutis por la puerta del foro. Quedan solos SUÁREZ y SOR MARÍA.)



SOR MARÍA.—Es una señora muy servicial... Y me ha regalado este tapetito para nuestro convento...

SUÁREZ.—¡Ah!

(Y se lo enseña.)

SOR MARÍA.—Es muy mono, ¿verdad?

SUÁREZ.—Sí, muy mono.

SOR MARÍA.—Y ahora que caigo... A lo mejor sus amigos han ido a buscarle a usted...

SUÁREZ.—¿A buscarme a mí?

SOR MARÍA.—Sí. Porque yo creo que tienen un amigo en la calle de Ferraz. ¿Usted no vive en la calle de Ferraz?

SUÁREZ.—¿Por qué voy a vivir yo en la calle de Ferraz?

(Y empieza a asustarse de la monja.)

SOR MARÍA.—¡Ay, hijo, no lo sé...! Pero alguien tiene que vivir en la calle de Ferraz... Y usted es de esas personas que tienen cara de vivir en la calle de Ferraz. (SUÁREZ *no contesta y se enjuga el sudor de la frente con el pañuelo.*) Qué calor, ¿verdad?

SUÁREZ.—Mucho.

SOR MARÍA.—En fin, con el permiso de usted voy a empezar a rezar mis oraciones... ¿Usted quiere acompañarme?

SUÁREZ.—¿Adonde?

SOR MARÍA.—A rezar... Sólo el principio, ¿quiere? Sígame...



SUÁREZ.—Bueno... Si no es muy largo...

SOR MARÍA.—No. Es muy cortito, ya verá usted... «Quien a Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta...».

SUÁREZ.—(*Repite torpemente.*) «Quien a Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta...».

SOR MARÍA.—Eso. Muy bien. Muy bien. Y ahora sigo yo...

(SOR MARÍA, con el rosario en la mano, reza en voz baja. SUÁREZ está violento y suda cada vez más. Los dos se miran. Y mientras tanto, lentamente, va cayendo el telón.)



ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. Continúa la acción del primer acto. En el tocadiscos del vecino lejano se escucha el mismo bolero que ya hemos oído anteriormente.

(SOR MARÍA sigue rezando mientras SUÁREZ, que está violentísimo y desconcertado, mira a un lado y a otro, y por fin se fija en el tiesto que ha quedado sobre la mesita. SOR MARÍA, que parece no verle, dice sin levantar la vista de su libro.)

SOR MARÍA.— ¿Qué mira usted?

SUÁREZ.— (Sorprendido.) No, nada. No miraba nada...

SOR MARÍA.— Creí que miraba usted la verbenita.

(SOR MARÍA guarda su breviario.)

SUÁREZ.— ¿Qué verbenita?

SOR MARÍA.— Es esta planta que he puesto aquí, porque en la terraza hace demasiado bochorno y el bochorno no le conviene, ¿sabe usted? Además, estaba toda sequita y la he regado hace un momento.

SUÁREZ.— ¡Ah!

SOR MARÍA.— Pero después le echaré más agua, porque el agua no se le puede echar toda de una vez, y conviene que tome la humedad poquito a poco.



SUÁREZ.—Claro, claro... Tiene usted muchísima razón.

(Y hay una pequeña pausa.)

SOR MARÍA.—¡Anda!

SUÁREZ.—(Sobresaltado.) ¿Qué?

SOR MARÍA.—Que se me había olvidado una cosa.

SUÁREZ.—¿Qué cosa?

SOR MARÍA.—Meter la mano por las rendijas de mi butaca.

SUÁREZ.—¿Por las rendijas de su butaca? ¿Para qué?

SOR MARÍA.—Le va a parecer una tontería, pero yo siempre lo hago y siempre encuentro algo para nuestros pobres. Nada de valor, naturalmente... Pero cinco céntimos en una butaca y una pesetilla en la otra, pues mire... ya es una cinco, ¿no? Y a lo mejor un botón, o un dedal... Y todo sirve para nuestros queridos pobres... ¡Si usted supiera la miseria que hay por esos mundos!...

SUÁREZ.—Sí que la hay, sí...

SOR MARÍA.—Muchísima... (Y mete la mano en la rendija de la butaca en donde está sentada. Saca los guantes que escondió COSME.) ¿Ve usted? Mire. Unos guantes. Para que vea que es verdad que siempre se encuentran cosas... Con estos guantes cualquier pobre puede pasar un invierno calentito...

SUÁREZ.—Desde luego...

SOR MARÍA.—(Mete la mano por el otro lado del asiento.) Mire, mire... ¡Si hay aquí otra cosa! (Y saca la pistola que, igual que los guantes, escondió «El NENE».) Una pistola.

(El desconcierto de «El duque» va en aumento.)

SUÁREZ.—¿Cómo una pistola?

SOR MARÍA.—¿No es esto una pistola?



SUÁREZ.—Sí. Eso parece.

SOR MARÍA.—¿Será de sus amigos?

SUÁREZ.—¿Por qué iba a ser de mis amigos?

SOR MARÍA.—¡Ah, no sé...! Claro que, a lo mejor, también puede ser de otros señores que hayan tenido este piso alquilado antes. A lo mejor unos cazadores...

SUÁREZ.—Es lo más probable.

SOR MARÍA.—Y ¿qué cree usted que debo hacer con esta pistola?

SUÁREZ.—Pues no sé...

SOR MARÍA.—Yo creo que no me puedo quedar con ella sin consultar antes con la dueña del piso, ¿no le parece a usted?

SUÁREZ.—No sea usted tonta. No le diga que la ha encontrado. Guárdesela y después la vende.

SOR MARÍA.—¿Sí?

SUÁREZ.—Claro.

SOR MARÍA.—Y ¿qué valor puede tener esto?

SUÁREZ.—Pues no sé. Unas mil pesetas...

SOR MARÍA.—¿Tanto?

SUÁREZ.—Más o menos...

SOR MARÍA.—¿Pero estará cargada?

SUÁREZ.—No sé. No entiendo de pistolas.

SOR MARÍA.—Mire de todos modos... Yo no me atrevo...

(Le da la pistola a SUÁREZ.)

SUÁREZ.—Sí. Parece que sí. Pero tiene echado el seguro.

SOR MARÍA.—¿Cuál es el seguro?

SUÁREZ.—Éste.

SOR MARÍA.—Y ¿cómo funciona?

SUÁREZ.—Se le da así y se le quita.



SOR MARÍA.—¿Y ya se puede disparar?

SUÁREZ.—Sí. Y así se le vuelve a poner.

SOR MARÍA.—Entonces, déme, y me quedo con ella. (*Y coge la pistola.*) Pero de todos modos lo voy a consultar con Doña Pilar.

SUÁREZ.—Hágame caso y no consulte nada. Estas cosas son muy engorrosas. De mis amigos, seguro que no es. Así es que la habrán dejado otros inquilinos, y cualquiera sabe dónde estarán ahora...

SOR MARÍA.—En eso tiene usted razón. Y si puedo venderla y repartir ese dinero entre nuestros queridos pobres...

SUÁREZ.—Naturalmente. Usted vaya a lo suyo.

SOR MARÍA.—Pues nada, me la guardo.

SUÁREZ.—Y si no quiere usted cargar con ella, yo mismo se la compro.

SOR MARÍA.—¿Usted? ¿Y para qué la quiere?

SUÁREZ.—No. Para nada. Para quitarle ese estorbo de encima.

SOR MARÍA.—Y ¿cuánto me da usted?

SUÁREZ.—Pues lo que quiera. Eso. Mil pesetas.

SOR MARÍA.—No. Por menos de dos mil no se la vendo.

SUÁREZ.—Dos mil es muy caro. Una cosa que no sirve para nada...

SOR MARÍA.—¡Vaya usted a saber! A lo mejor algún día la necesita usted para cualquier cosa... Y, además, no es por el valor que tenga... Es que así hace usted una obra de caridad.

SUÁREZ.—Mil quinientas.

SOR MARÍA.—No. Dos mil...

(SUÁREZ saca de su cartera dos billetes.)

SUÁREZ.—Bueno. Tome las dos mil. Deme la pistola.



(SOR MARÍA se queda dudando.)

SOR MARÍA.—No.

SUÁREZ.—¿Se arrepiente?

SOR MARÍA.—No es que me arrepienta. Es que no me acordaba que antes de hacer esta operación tengo que consultar con nuestra querida Madre Superiora. Mejor será que me la guarde. (*Y se la guarda en la faltriquera.*) Lo que sí puedo venderle son los guantes.

SUÁREZ.—No. Los guantes no los quiero...

SOR MARÍA.—Bueno. Siempre habrá alguien que los necesite. (*Se los acerca a la nariz.*) Y eso que huelen un poco a cloroformo...

SUÁREZ.—¿Sí?

SOR MARÍA.—Un poquitín... Como si los hubiera usado un cirujano... ¿Ninguno de sus amigos es cirujano?

SUÁREZ.—No.

SOR MARÍA.—¿A qué se dedican?

SUÁREZ.—Hacen negocios.

SOR MARÍA.—¿Y usted?

SUÁREZ.—También.

SOR MARÍA.—¿Y trabajan juntos?

SUÁREZ.—A veces.

SOR MARÍA.—¿Y ahora qué negocios tienen entre manos?

SUÁREZ.—Ahora descansamos.

SOR MARÍA.—¿Les cansa mucho el negocio que tienen? (*Se ha abierto la puerta del foro sigilosamente y ha entrado CARLOS, que ve a SUÁREZ, y SUÁREZ a CARLOS. Y aunque SOR MARÍA está de espaldas y no le ve, dice:*) Hola, don CARLOS... ¿Cómo entra usted tan callandito? (*Los dos quedan sorprendidos.*) He oído cuando subía el ascensor, y como no vive nadie en el piso de al lado, he pensado... «¿Quién será el que ha subido que no entra?»... Y me he figurado que era usted...

CARLOS.—Como tengo llavín, no he querido tocar el timbre por si estaba durmiendo mi hermano...



SOR MARÍA.—Sí, debe seguir durmiendo el pobrecillo, porque no ha llamado ni nada... Aquí, este señor le está esperando...

CARLOS.—(A SUÁREZ.) ¡Ah! ¡Hola...!

SUÁREZ.—Hola...

(Y no saben qué decir delante de la *monja*.)

CARLOS.—¿Qué hay?

SUÁREZ.—Ya ves.

CARLOS.—Sí.

SUÁREZ.—Pues nada... que pasaba por aquí y he dicho: «Hombre, pues voy a entrar».

CARLOS.—Nosotros estábamos aquí y dijimos: «Hombre, pues vamos a salir».

SUÁREZ.—Sí que es coincidencia...

CARLOS.—Eso digo yo...

SUÁREZ.—¿Y la familia?

CARLOS.—Por ahí.

SUÁREZ.—Claro...

CARLOS.—Hace calor...

SUÁREZ.—Sí. Mucho.

SOR MARÍA.—Estoy pensando yo una cosa.

SUÁREZ.—¿Qué?

SOR MARÍA.—Que si para decir todo esto ha venido usted desde la calle de Ferraz, se podía haber ahorrado el camino... ¡Porque hay que ver qué tontería de conversación!

CARLOS.—(*Inquieto*.) ¿Quién le ha dicho a usted que ha venido desde la calle de Ferraz?

SUÁREZ.—Son cosas de la hermana, que se ha empeñado en que yo vivo en esa calle... Es muy salada y muy simpática...



CARLOS.—¿Ah, sí?

SUÁREZ.—A mí, al menos, me cae divinamente...

SOR MARÍA.—a mí también su amigo me es muy simpático. ¿No sabe que mientras le estaba esperando nos hemos hecho muy amigos...?

CARLOS.—No. No sabía nada.

SOR MARÍA.—Pues sí. Y ha repetido conmigo unas palabras religiosas. ¿Se acuerda?

SUÁREZ.—Sí.

SOR MARÍA.—Ande... Dígalas otra vez delante de su amigo... «Quien a Dios tiene...

SUÁREZ.—... nada le falta; sólo Dios basta...».

SOR MARÍA.—Muy bien, muy bien. (A CARLOS.) ¡Ah! Y además he estado a punto de venderle una pistola.

CARLOS.—(Angustiado.) ¿De qué pistola habla?

SUÁREZ.—(Acusándole, con el tono, de su descuido.) De una pistola que se ha encontrado escondida en esa butaca... Y de unos guantes que huelen como a cloroformo...

CARLOS.—(Más angustiado todavía por el tono de «El Duque».) ¡Ah!

SOR MARÍA.—Es curioso...

SUÁREZ.—¿El qué?

SOR MARÍA.—Que usted ha dicho que la pistola estaba escondida. Y yo pensaba que es que se le había caído a alguien del bolsillo del pantalón...

SUÁREZ.—Es lo mismo, hermana...

SOR MARÍA.—No. Lo mismo no es. Porque si estaba escondida sería por algo... ¿Verdad, don CARLOS?

CARLOS.—Viene a ser igual una cosa que otra...

SOR MARÍA.—Bueno, lo que ustedes quieran... Para qué vamos a discutir... ¡ Ah, ya se me olvidaba! Voy a echarle un poco más de agua a la plantita...

CARLOS.—Perdóneme, hermana... Pero yo suponía que el médico la había enviado para cuidar al enfermo y no para regar las plantas...

SOR MARÍA.—¿Y es que no puedo hacer las dos cosas a la vez? Además, el enfermo está dormidito y todavía no es tiempo de ponerle la segunda inyección.



SUÁREZ.—Por lo menos debía usted entrar en la alcoba a ver si tiene calentura...

SOR MARÍA.—Claro que la tiene...

SUÁREZ.—Pues mire usted si tiene más...

SOR MARÍA.—No. Ahora tendrá menos...

CARLOS.—De todos modos, póngale el termómetro...

SOR MARÍA.—Bueno, eso sí... Pero lo haré con cuidadito, no sea que se vaya a despertar y les empiece a dar la lata... ¿No les parece? En seguida vuelvo...

(Y hace mutis. «El duque», ahora, cambia de gesto y se muestra duro y frío.)

SUÁREZ.—¿Qué significa todo esto?

CARLOS.—Significa que tenemos que matar a esta monja.

SUÁREZ.—¿Por qué?

CARLOS.—Estamos seguros de que sabe algo.

SUÁREZ.—¿Por qué?

CARLOS.—Va descubriendo todo poco a poco.

SUÁREZ.—¿Por qué?

CARLOS.—¡Me estás poniendo nervioso, «Duque»!

SUÁREZ.—¿Por qué?

CARLOS.—¡Yo no tengo la culpa de nada!

SUÁREZ.—¿Quién la tiene entonces? ¿Cómo habéis escondido ahí esa pistola, estúpidos?

CARLOS.—La guardó «El NENE», provisionalmente. Luego, con la enfermedad, se nos olvidó.

SUÁREZ.—¿Por qué?

CARLOS.—Un descuido de todos.

SUÁREZ.—Por ese descuido, ahora es ella quien tiene la pistola.

CARLOS.—Entonces, ¿está armada?

SUÁREZ.—¡Pues claro que está armada...! Y este tiesto que riega es donde están las joyas, ¿no es eso?

CARLOS.—Se fijó en él desde el primer momento. Estamos esperando que se vaya para sacar la bolsa.

SUÁREZ.—Y ¿por qué no ahora?



CARLOS.—Se puede dar cuenta y sería peor.

SUÁREZ.—¡Vamos! ¡Saca eso...!

(CARLOS va junto a la maceta y se dispone a sacar el paquete, pero SOR MARÍA sale de la izquierda.)

SOR MARÍA.—¿Qué hace usted con la verbenita?

CARLOS.—Nada. Estaba viendo si estaba seca o no...

SOR MARÍA.—Vamos, quite... Esto no son cosas de hombres... (Y coge el tiesto.) Me lo voy a llevar a la cocina para escurrir un poco el plato...

CARLOS.—(Nervioso, sin poder contenerse, le da un grito.) ¡Deje ese tiesto donde está!

(SOR MARÍA se vuelve sorprendida y después mira sonriente a los dos.)

SOR MARÍA.—¡Ah, sí! Tiene usted razón... Porque a lo mejor se rompe y se enfada DOÑA PILAR. (Y vuelve a poner el tiesto donde estaba.) Bueno, entonces voy a traerle un poco de agua azucarada a nuestro querido enfermito, que ya está despierto y le tengo puesto el termómetro... Yo creo que está muchísimo mejor...

(Y hace mutis por la derecha.)

SUÁREZ.—¿Por qué le has gritado?

CARLOS.—Porque me pone nervioso y ya no sé lo que tengo que hacer...

SUÁREZ.—Pero si le gritas, es peor.



CARLOS.—Yo no sé ya lo que es mejor ni lo que es peor.

SUÁREZ.—Hay que tratarla con dulzura, como la he tratado yo. Además, estoy seguro de que es tonta.

CARLOS.—¿Tonta?

SUÁREZ.—Sí. Tonta. Y sois vosotros, con vuestros nervios, los que la estáis espabilando... ¿Quién le ha dicho que yo vivo en la calle de Ferraz?

CARLOS.—Ella sola lo ha adivinado.

SUÁREZ.—¿Por qué?

CARLOS.—y yo qué sé. Hemos salido a decírtelo y no te hemos encontrado. ¿Por qué has venido aquí?

SUÁREZ.—El golpe de la joyería de la calle de Ferraz hay que darlo, sin falta, mañana por la mañana, a las nueve en punto. He venido a avisaros. Todo debe estar dispuesto desde esta noche.

CARLOS.—¿Sin «El NENE»?

SUÁREZ.—Sin «El NENE».

CARLOS.—¿Y después?

SUÁREZ.—Si no puede acompañarnos, se quedará aquí.

CARLOS.—Pero puede comprometernos. Y después de lo que sabe ya la monja...

SUÁREZ.—No estamos seguros de que sepa nada.

CARLOS.—(*Mira hacia la derecha.*) ¡Calla, que viene!

(Una pausa. Entra SOR MARÍA por la derecha con un vaso. Y al verlos, dice a CARLOS:)

SOR MARÍA.—Lo bueno de las visitas es que distraen mucho, ¿verdad, don Carlos? (*Ninguno de los dos contesta. Ya cerca de la puerta izquierda SOR MARÍA añade:*) Bueno, pues voy a darle el agua y quitarle el termómetro. Ya pueden ustedes seguir hablando.



(Y hace mutis por la izquierda.)

CARLOS.—Nos está tomando el pelo, «Duque»... ¿Es que no te das cuenta?

SUÁREZ.—Sí. Unas veces parece tonta, y otras, no. ¿Dónde están los otros?

CARLOS.—En la calle, esperando mi aviso desde la terraza. Están nerviosos con la monja. He subido yo solo para ver cómo iba todo esto... Pero si tardo, subirán también...

SUÁREZ.—Ante todo hay que saber si la monja sospecha algo, efectivamente.

CARLOS.—¿Cómo?

SUÁREZ.—Haciéndola hablar.

CARLOS.—¿Por las malas?

SUÁREZ.—Por las buenas.

CARLOS.—¿Quién? ¿Tú?

SUÁREZ.—NURIA. Ella se dará más maña para sonsacarla.

CARLOS.—No me fío de Nuria. Está nerviosa.

SUÁREZ.—La vigilaremos...

CARLOS.—Y si la monja sabe algo, habrá que terminar con ella.

SUÁREZ.—No digas disparates. Para que nos denuncie la dueña de la casa, ¿verdad?

CARLOS.—Pues habrá que coger la bolsa y escapar inmediatamente...

SUÁREZ.—Para que se den cuenta de que somos nosotros los del atraco, y den nuestras señas detalladas a la Policía. ¿No es eso? No. Hay que estar quietos y esperar hasta el último momento... Y prevenir al «NENE» y tener las cosas preparadas. ¿Hay puerta de servicio en este piso?

CARLOS.—Sí. Pero da al mismo descansillo que esta otra.

(Por la entrada.)



SUÁREZ.—Mal asunto, entonces.

CARLOS.—¿Por qué?

SUÁREZ.—¡Calla!

(SOR MARÍA vuelve a salir por la izquierda.)

SOR MARÍA.—Pues resulta que me he equivocado. Yo creía que nuestro enfermito tenía menos fiebre y tiene la misma... Y hasta dentro de una hora no podemos ponerle la inyección...

CARLOS.—Vamos a entrar a verle.

SUÁREZ.—Sí. Le haremos compañía un ratito...

SOR MARÍA.—Es mejor que no tenga visitas... Como está débil, se puede marear.

SUÁREZ.—Sólo es un momento, hermanita...

SOR MARÍA.—Bueno, bueno, entren ustedes... Yo mientras tanto, me voy a entretener en quitarle a la planta las hojas que se le han secado.

(Y coge el tiesto. CARLOS y «El Duque», que habían iniciado su camino hacia la puerta de la izquierda, se detienen.)

CARLOS.—Es mejor que no entremos, ¿no te parece?

SUÁREZ.—Sí. Quizá sea mejor...

(Y no saben qué hacer.)



SOR MARÍA.—Bueno, ¿qué? ¿Se deciden o no? (*Dan unos golpecitos en la puerta del foro. SOR MARÍA deja el tiesto y va a abrir, mientras dice:*) Debe ser Doña Pilar...

(Y, en efecto, entra DOÑA PILAR.)

DOÑA PILAR.—Hola, hermanita...

SOR MARÍA.—Ave María Purísima...

DOÑA PILAR.—Sin pecado concebida.

(Al ver que la monja ha dejado el tiesto donde estaba, CARLOS y «El DUQUE» se quedan más tranquilos.)

SUÁREZ.—Bueno, pues nosotros vamos a entrar un momento...

SOR MARÍA.—Sí, entren, entren.

CARLOS.—Hasta ahora mismo.

DOÑA PILAR.—Adiós, don Carlos. Hasta ahora mismo...

(Y SUÁREZ y CARLOS entran por la izquierda, cerrando la puerta.) Bueno, pues la comida está preparada y muy pronto vamos a cenar...

SOR MARÍA.—Déjese usted ahora de cenas, que pasa algo muy grave.

(Se asegura que la puerta de la izquierda está cerrada y emplea desde este momento un tono misterioso.)



DOÑA PILAR.— ¿Está peor el enfermo?

SOR MARÍA.— No. El enfermo, dentro de la gravedad, está divinamente. Lo que pasa es que ya lo sé todo.

(Y se sientan las dos juntas en el sofá.)

DOÑA PILAR.— ¿El qué es todo?

SOR MARÍA.— ¿No le dije que la pareja no estaba casada?

DOÑA PILAR.— Sí. Y ¿qué?

SOR MARÍA.— Pues que no es verdad. Que me equivoqué.

DOÑA PILAR.— ¿Cómo que se equivocó?

SOR MARÍA.— Que sí. Que están casados. Pero este señor que vino antes y que vive en la calle de Ferraz, le está haciendo el amor a la mujer.

DOÑA PILAR.— ¿A doña NURIA?

SOR MARÍA.— A ésa.

DOÑA PILAR.— Y ¿por qué le está haciendo el amor?

SOR MARÍA.— Porque está enamorado de ella.

DOÑA PILAR.— ¡Ah!

SOR MARÍA.— Pero el marido lo sabe todo.

DOÑA PILAR.— ¿Don FEDERICO?

SOR MARÍA.— El mismo.

DOÑA PILAR.— Bueno, y ¿qué?

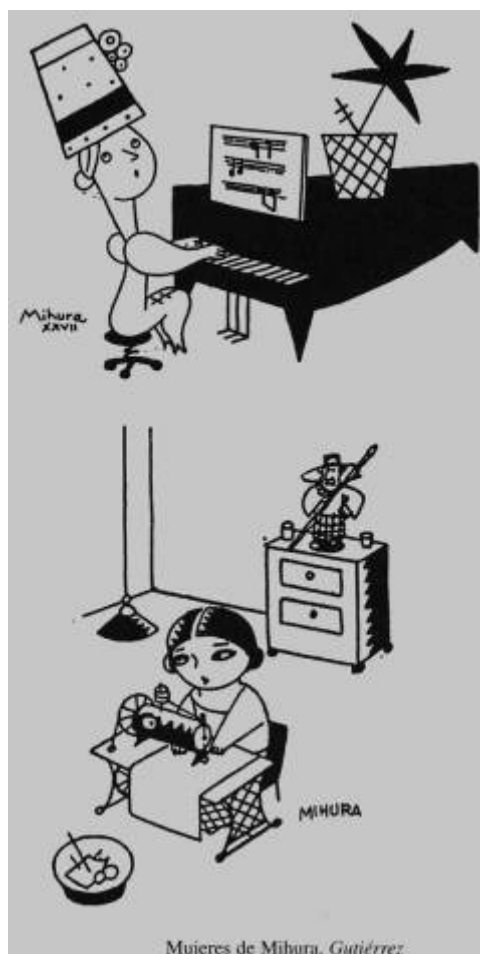
SOR MARÍA.— ¿Cómo que y qué? Pues que don Federico tenía escondida una pistola para matar al señor de la calle de Ferraz.

DOÑA PILAR.— ¿Una pistola? Por favor, explíqueme eso...

SOR MARÍA.— Pues verá. Que el señor de la calle de Ferraz ha venido aquí, dispuesto a escaparse con Nuria o algo por el estilo. Y cuando nos hemos quedado



solos, a mí se me ha ocurrido meter la mano por los huecos de esta butaca para ver si encontraba cinco céntimos, y lo que he encontrado ha sido una pistola. Figúrese. Él se ha quedado pálido porque ha comprendido que las balas de esa pistola estaban destinadas a él. Y ha intentado comprármela.



DOÑA PILAR.—¿Es posible?

SOR MARÍA.—Y tan posible. Como que me ha ofrecido dos mil pesetas. Pero, claro, yo no se la he vendido. Porque si se la vendo, es él el que mata a don FEDERICO.

DOÑA PILAR.—(Que empieza a no comprender nada.) ¡Ah!

SOR MARÍA.—Y entonces han debido volver sus inquilinos y, al entrar en casa, la portera ha debido decirles que un señor había preguntado por ellos. Doña Nuria y su



marido se han quedado en la calle y sólo ha subido don Carlos, que, naturalmente, está en el ajo, para ver qué pasaba.

DOÑA PILAR.—Y ¿qué ha dicho don Carlos?

SOR MARÍA.—Como no pueden hablar de este asunto delante de mí porque es muy delicado para tratarlo delante de una religiosa, se han metido a hablar en la habitación del enfermo.

DOÑA PILAR.—¿Y el padre sabrá algo de este lío?

SOR MARÍA.—¿Qué padre?

DOÑA PILAR.—El de doña NURIA. El enfermo.

SOR MARÍA.—No es el padre.

DOÑA PILAR.—¿No?

SOR MARÍA.—¿Qué va! Todos ellos son de Venezuela, ¿no es eso?

DOÑA PILAR.—Eso dicen. Pero después de esto, cualquiera sabe...

SOR MARÍA.—No, eso, no. Si ellos lo dicen, es verdad, porque así, mentirosos, no lo parecen. Y una cosa es que carezcan de moral y otra que digan mentiras. Aunque acento venezolano más bien tienen poco...

DOÑA PILAR.—Poquísimo, eso he notado yo.

SOR MARÍA.—Y yo.

DOÑA PILAR.—Bueno... pero ¿por qué sabe usted que no es el padre?

SOR MARÍA.—Porque si son de Venezuela y han venido a España por primera vez y sólo han estado en Sevilla, ¿cómo es que lleva un pijama que se ha comprado en Pamplona?

DOÑA PILAR.—¿En Pamplona?

SOR MARÍA.—Sí. He visto la etiqueta al ponerle el termómetro...

DOÑA PILAR.—Puede que el padre sea de Pamplona y de pequeño emigrase a América. Y antes de marcharse se comprase el pijama.

SOR MARÍA.—Pero ¿cómo va a durarle un pijama cincuenta años?

DOÑA PILAR.—Si no se ponen, duran mucho.

SOR MARÍA.—Pero le estaría chico. Y le está grande.

DOÑA PILAR.—No será de él.

SOR MARÍA.—¿Quiere usted callarse?

DOÑA PILAR.—Es que no entiendo nada.



SOR MARÍA.—Mire usted. Lo que pasa es que no son creyentes, y al no ser creyentes ocurren estas cosas, que aprenden en las películas. Inmoralidades, y nada más que inmoralidades. Y todavía hay quien protesta porque dicen que cortan los besos en las películas... Pues si no los cortasen, no sé dónde íbamos a ir a parar. Esto lo vi yo bien claro desde el principio. ¡ Un enfermo con fiebre alta y no tener ni un escapulario, ni una estampita de la Virgen sobre la mesilla de noche! Y eso que hace un momento he descubierto una cosa.

DOÑA PILAR.—¿Otra cosa, hija?

SOR MARÍA.—Hermana.

DOÑA PILAR.—Bueno, hermana.

SOR MARÍA.—Pues resulta que al ir a buscar un vaso de agua he entrado en el cuarto del matrimonio, he abierto un cajón de la mesilla de noche y en una caja había una medallita de plata de la Virgen de los Dolores.

DOÑA PILAR.—Y ¿qué?

SOR MARÍA.—Que es muy raro que unos ateos compren medallitas de la Virgen de los Dolores...

DOÑA PILAR.—Será para hacerle un regalo a una Lola.

SOR MARÍA.—Yo no sé para lo que será. El caso es que en la cajita pone: «Joyería Atienza. Calle de Ferraz, 104».

DOÑA PILAR.—Y ¿qué?

SOR MARÍA.—Que no me explico por qué comprarán todo en la calle de Ferraz.

DOÑA PILAR.—Ni yo.

SOR MARÍA.—A no ser que les hagan descuento.

DOÑA PILAR.—Pues a lo mejor.

SOR MARÍA.—Bueno. No se preocupe, porque ya lo descubriremos. Usted lo que tiene que hacer es callarse y no decir nada.

DOÑA PILAR.—Nada, ¿de qué?

SOR MARÍA.—De nada. Usted déjeme a mí y ya verá como no se arrepiente. (*Llaman a la puerta con los nudillos.*) ¡Ah! Aquí están los otros.

DOÑA PILAR.—¿Qué otros?

SOR MARÍA.—El matrimonio ése, o lo que sea. (SOR MARÍA abre la puerta y entran FEDERICO y NURIA.) Ave María Purísima.

NURIA.—Sin pecado concebida.



FEDERICO.— Buenas.

DOÑA PILAR.— Buenas. *(Se quedan en pie, desconfiados, mirando a un lado y a otro. SOR MARÍA y DOÑA PILAR también los miran. Hay una pausa.)* ¿Y qué tal por ahí?

FEDERICO.— Pues ya ve usted.

SOR MARÍA.— Calorcete, ¿verdad?

FEDERICO.— Un poquito.

(Y FEDERICO y NURIA se sientan, igual que han hecho SOR MARÍA y DOÑA PILAR.)

NURIA.— ¿Dónde está mi tío?

DOÑA PILAR.— En la habitación de su papá con otro señor.

SOR MARÍA.— Con ese amigo de ustedes que vive en la calle de Ferraz.

(FEDERICO y NURIA se miran asustados. No saben qué decir y se callan. Y de la izquierda salen CARLOS y «El duque».)

SUÁREZ.— Hola.

CARLOS.— Hola.

FEDERICO.— Hola.

NURIA.— Hola.

(Y todos se sientan. Otra pausa violenta. Al fin empiezan a hablar.)

CARLOS.— ¿Ya estáis aquí?



NURIA.—Sí. Ya hemos venido...

SUÁREZ.—Yo llegué hace un rato.

FEDERICO.—¡Ah!

CARLOS.—Hemos estado hablando.

FEDERICO.—Claro...

NURIA.—¿Y papá?

CARLOS.—Mucho mejor...

FEDERICO.—Eso es lo que hace falta.

SOR MARÍA.—Desde luego.

SUÁREZ.—¿Cómo decía?

SOR MARÍA.—Que desde luego.

SUÁREZ.—Desde luego...

(Y hay una pausa. Se escucha de nuevo el mismo bolero que ya hemos oído.)

FEDERICO.—Otra vez el disquito...

NURIA.—Sí. Otra vez.

CARLOS.—¡Qué lata!

SOR MARÍA.—¿Lata por qué?

SUÁREZ.—Por la letra, hermana. Que es muy inmoral...

DOÑA PILAR.—Verdaderamente, yo la encuentro verde...

SOR MARÍA.—Sí. Eso sí... Pero a mí este Lucho Gatica me gusta mucho.

SUÁREZ.—¡Ah! ¿Es Lucho Gatica?

SOR MARÍA.—Sí, Lucho Gatica. Canta muy bien...

(La situación se va haciendo cada vez más violenta.)



NURIA. — ¡Qué calor!

CARLOS. — Muchísimo...

FEDERICO. — En la calle se está mejor.

SOR MARÍA. — Correrá vientecillo.

FEDERICO. — ¿Cómo?

SOR MARÍA. — Que correrá ventorro...

FEDERICO. — Sí. Algo corre.

SUÁREZ. — Y ¿por qué no nos vamos un rato a la calle?

CARLOS. — Mira. Es una buena idea.

FEDERICO. — Pues, hala, vamos...

NURIA. — Sí, vamos.

(Y precipitadamente se dirigen a la puerta del foro, por donde hacen mutis.)

DOÑA PILAR. — ¿Por qué se van otra vez?

SOR MARÍA. — Ahora van a saldar su cuenta don Federico y el de la calle Ferraz.

DOÑA PILAR. — ¡Ah!

SOR MARÍA. — Y fíjese, todo por celos. Porque yo estoy segura que ella es inocente.

DOÑA PILAR. — ¿Inocente?

SOR MARÍA. — sí. Que la están pervirtiendo entre todos. Si yo pudiera hablar con ella y aconsejarla...

DOÑA PILAR. — Y ¿por qué no habla usted?

SOR MARÍA. — Porque como no hace más que entrar y salir... Claro que yo estoy segura de que va a volver de un momento a otro. Los hombres preferirán hablar



solos y a ella la mandarán aquí, porque entre todos la tienen dominada. Ya le dije yo a usted que la pegaban.

DOÑA PILAR. — ¿El marido o todos?

SOR MARÍA. — Yo creo que la pegan todos. Pero el marido más.

DOÑA PILAR. — ¿Por qué?

SOR MARÍA. — Porque ha nacido más pegón.

DOÑA PILAR. — Entonces, ¿qué piensa usted que debo hacer? Porque, al fin y al cabo, están en mi casa. Y ya le he dicho que en mi casa no quiero jaleos. Y como vuelvan otra vez los señores que vinieron ayer a ver el piso, yo se lo alquilo.

SOR MARÍA. — Usted, de momento, no debe hacer nada, porque lo podría estropear. Y lo que tiene que hacer es marcharse si viene doña Nuria. Y yo la hablaré y la daré consejos, que buena falta la están haciendo. ¿Ve usted? Ya está aquí.

DOÑA PILAR. — *(Extrañada.)* ¿Dónde?

SOR MARÍA. — Hija, pues aquí... ¿Es que está usted sorda? *(Y cuando va hacia la puerta, es cuando llaman con los nudillos. SOR MARÍA abre. Entra NURIA, muy humilde.)* Ave María Purísima.

NURIA. — Sin pecado concebida, hermana.

SOR MARÍA. — Ha preferido volver, a estar paseando por ahí. ¿No es eso?

NURIA. — Sí. Estoy un poco cansada...

SOR MARÍA. — Pues siéntese y descanse.

NURIA. — Gracias, hermanita. Ave María Purísima...

(Y se sienta. SOR MARÍA hace señas a DOÑA PILAR para que se vaya. DOÑA PILAR comprende, y aunque le gustaría presenciar la escena, se levanta.)

DOÑA PILAR. — Bueno, pues yo me voy.

SOR MARÍA. — Adiós, adiós... Vaya usted con Dios, Doña Pilar...

DOÑA PILAR. — Si necesita algo, me llama...

SOR MARÍA. — Desde luego. Pero no se preocupe. No tenemos prisa.



DOÑA PILAR.—De todos modos, si pasa algo, se asoma por la ventana de la cocina y da un grito.

SOR MARÍA.—Descuide. Daré todos los gritos que sean necesarios...

DOÑA PILAR.—Adiós...

SOR MARÍA.—Vaya usted con Dios.

(Y DOÑA PILAR hace mutis por el foro.)

NURIA.—¿Por qué ha dicho que grite si pasa algo? ¿Qué puede pasar?

SOR MARÍA.—Se refiere a su papá de usted. Por si se agrava el pobrecito...

NURIA.—¡Ah, ya!

(Y las dos sentadas, se miran sin saber ninguna cómo empezar.)

SOR MARÍA.—Bueno... Y ¿qué?

NURIA.—Y ¿qué... qué?

SOR MARÍA.—¿Que si ha venido usted a decirme algo...?

NURIA.—¿Yo? No. No tengo nada que decirle...

SOR MARÍA.—¡ Ah! Creí...

(Otra pausa. SOR MARÍA mira sonriente a NURIA, que cada vez se va poniendo más nerviosa. Hasta que no puede contenerse más y pregunta de sopetón:)



NURIA.—Oiga, hermana, ¿usted qué piensa de nosotros?

SOR MARÍA.—¿Que qué pienso de ustedes? Pues lo peor, hija, lo peor...

NURIA.—¿Lo peor? ¿Por qué?

SOR MARÍA.—Porque lo sé todo.

NURIA.—¡No!

SOR MARÍA.—¡Sí!

NURIA.—(Trata de disimular su inquietud.) *Bueno... ¿Pero el qué es todo?*

SOR MARÍA.—Mire, Nuria... Si seguimos así no vamos a llegar a ninguna parte, y yo creo que las cosas no están para perder el tiempo.

NURIA.—No entiendo.

SOR MARÍA.—Lo entiende usted perfectamente. Quiero decir que sé en el lío que está usted metida...

NURIA.—¿Yo?

SOR MARÍA.—Sí, caramba... Usted. Y el señor de la calle de Ferraz. Y su tío y su marido. Y el que dice usted que es su padre y no es su padre. Y no trate usted de negarlo, porque tengo pruebas suficientes.

NURIA.—(Aterrada.) ¿Pruebas?

SOR MARÍA.—Sí. Pruebas... (NURIA *baja la cabeza, vencida. Se echa a llorar.*) ¡Pobrecita mía! ¡Mira que haber llegado a esto!... (SOR MARÍA *va hacia ella, cariñosa.*) Vamos, no llore usted, hija... Que con la ayuda de Dios todo se podrá arreglar.

NURIA.—(Sorprendida.) ¿Dice usted que se podrá arreglar?

SOR MARÍA.—Claro que sí. Dios aprieta, pero no ahoga. Lo que hace falta es que tenga usted fe en la Divina Misericordia...

NURIA.—(Deja de llorar.) Bueno. Explíquese. ¿Entonces es que no piensa denunciarnos a la Policía?

SOR MARÍA.—Pero ¿qué tiene que ver la Policía con este asunto? ¡Pues si la Policía fuese a intervenir cada vez que ocurre una cosa así, estaría aviada la Policía...!

(NURIA empieza a no comprender nada.)



NURIA.—Oiga... ¿Por qué bromea usted?...

SOR MARÍA.—¡Pero yo qué voy a bromear! Lo que pasa es que me ha hablado usted de la Policía cuando éste es un asunto que podemos arreglar entre nosotras dos.

NURIA.—¿Yendo a medias?

SOR MARÍA.—¿Cómo yendo a medias? ¿Pero usted de qué está hablando?

NURIA.—¿Y usted?

SOR MARÍA.—Yo de lo que trato es de salvarla, porque estoy segura de que está arrepentida de haberse metido en todos estos jaleos. ¿Es verdad o no?

NURIA.—Sí, hermana...

SOR MARÍA.—Y porque además usted es muy buena y ha tenido una infancia muy triste, porque sus padres no se ocupaban de usted ni de sus hermanitos...

NURIA.—(*Intrigada.*) ¿Y usted por qué lo sabe?

SOR MARÍA.—No lo sé... Pero me lo figuro...

NURIA.—¡No es verdad! ¡Usted sabe mucho de mí...! Desde que entró en esta casa no ha dejado de mirarme... Como si me conociera de algo...

SOR MARÍA.—No. ¿De qué iba a conocerla? Lo que pasa es que conozco a otras mujeres como usted, que están descontentas de sí mismas...

NURIA.—Sí. Eso me pasa a mí... Que no me gusto como soy.

SOR MARÍA.—Pues claro... ¿A que por las mañanas se levanta usted así, como muy cansada, y sin ganas de nada?

NURIA.—(*Sorprendida, pero ya confiada.*) Sí. Es verdad. Como si tuviera modorra. Siga, siga... Y ¿qué más?

SOR MARÍA.—¿Y a que por las noches, en cambio, se encuentra usted mucho mejor y tiene las ideas más claras y tarda muchísimo en dormirse...?

NURIA.—Es cierto... Como que a veces me estoy leyendo el *TBO* hasta las seis y media de la mañana... ¡Pero cómo me conoce usted! ¡Hay que ver qué talento! ¡Porque parece que no, pero yo soy muy complicada!

SOR MARÍA.—Tan complicada que hasta le gustaría tener un niño. ¿No es verdad?

NURIA.—¡Muchísimo! Sí, señora. Es mi única ilusión... Y cuando oigo llorar a alguno, me da mucha pena...



SOR MARÍA.—Es natural... Y esos seriales de la radio tan bonitos, también le harán llorar muchísimo...

NURIA.—Sí, hermana. Muchísimo... ¡Hay que ver...! ¡Es usted la única persona que me comprende...!

SOR MARÍA.—Claro que sí... Y usted esperaría otra cosa al unirse con FEDERICO...

NURIA.—¡Para qué le voy a contar!... Pero es que Federico me engañó prometiéndome cosas que no existían y llenándome la cabeza de ilusiones... Y yo piqué...

SOR MARÍA.—Pues no hay que picar, hija...

NURIA.—Es que una está deseando abandonar la vida que lleva y pica en seguida. ¿Usted sabe lo que es la vida de cabaret?

SOR MARÍA.—Pues más bien poco. Pero estoy segura de que eso del cabaret no puede gustarle porque usted está llena de sensibilidad. ¿Verdad que sí?

NURIA.—(*Infantilmente conmovida.*) ¡Nadie me ha dicho eso nunca! ¡Y es tan verdad!

(Y se echa a llorar de nuevo.)

SOR MARÍA.—Nadie se lo ha dicho, porque no quieren salvarla. Y yo, sí.

NURIA.—Y ¿cómo me quiere usted salvar?

SOR MARÍA.—Confiado en Dios sobre todo, y después en mí.

(NURIA se arrodilla a los pies de SOR MARÍA y dice acongojada.)

NURIA.—y ¿qué puedo hacer para separarme de ellos? ¡Porque ellos son los que me obligan a estas cosas! ¡Yo nunca he querido! ¡Y no quiero verlos más! ¡No quiero!



SOR MARÍA.—Vamos, hijita, cálmese, que está usted muy nerviosa... Le voy a traer un vaso de agua de la cocina...

NURIA.—No. No se moleste... Ya iré yo...

SOR MARÍA.—No faltaba más... (*Y va hacia la puerta de la derecha, pero por esta puerta entran «El Duque» y CARLOS con gesto poco tranquilizador. Se quedan quietos, cerca de la puerta.*) ¡Caramba! ¿Por dónde han entrado?

CARLOS.—Por la puerta de servicio... Tenemos llave.

SOR MARÍA.—¡Ah, claro!... Pues yo iba a buscar un vaso de agua para la señora, que se ha puesto un poquito nerviosa.

SUÁREZ.—(*Cerrándole el paso.*) No vaya a buscar nada. El agua puede sentarle mal... Le sentará mejor otra cosa.

NURIA.—¿Que queréis decir? Yo he hecho lo que me habéis mandado. Hablar con ella.

SUÁREZ.—Has hablado demasiado, ¿no te parece? ¡Vamos, siéntate y a callar!

(*NURIA se sienta en un rincón, atemorizada. SOR MARÍA, en cambio, sigue tan tranquila.*)

SOR MARÍA.—De todos modos, digan ustedes lo que quieran, yo voy a buscar un comprimido para que se le pasen los nervios... (*Y se va hacia la puerta de la izquierda. Pero al ir a entrar aparece «El NENE», completamente vestido y con el sombrero puesto. Se queda también junto a esta puerta.*) ¿Pero qué hace usted levantado?

NENE.—Usted a callar, señora.

SOR MARÍA.—¿A callar yo? ¿Qué falta de respeto es ésa? ¡Vamos! ¡Vuélvase a la cama, desvergonzado...!

NENE.—Menos gritos, monja, que estoy malo...

SOR MARÍA.—(*A los demás.*) ¿Pero ustedes están viendo?

SUÁREZ.—Será mejor que cierre el pico.

SOR MARÍA.—Pero ¿por qué voy a cerrar el pico? ¡Pues hasta aquí podían llegar las bromas! Y ahora mismo voy a avisar a Doña Pilar para que ponga orden en esta casa...



(Y abre la puerta del foro, en donde aparece *Federico* con un gran paquete en la mano. Cierra la puerta y se queda delante de ella.)

FEDERICO.—¿Dónde va usted?

SOR MARÍA.—A avisar a Doña Pilar.

FEDERICO.—Será mejor que deje tranquila a Doña Pilar.

SOR MARÍA.—¿Por qué?

SUÁREZ.—Porque nos da la gana a nosotros.

SOR MARÍA.—¡Ah! ¡Siendo así...!

(Y ya *SOR MARÍA* se da cuenta, por la actitud y las miradas de todos, que algo grave sucede. *FEDERICO* deja su envoltorio junto al mueblebar.)

SUÁREZ.—Siéntese aquí. En su butaquita.

SOR MARÍA.—Sí, señor... Con mucho gusto. No faltaba más...

(Y se sienta. *FEDERICO* y *CARLOS* se sitúan detrás de ella. «*El duque*» sigue en el mismo sitio. *NURIA* llora en su butaca. «*El NENE*» se ha sentado en el sofá.)

FEDERICO.—¡Calla, *NURIA*!

SOR MARÍA.—Sí, hija, calle. No sea usted pesada... (*Otra pausa.* *SOR MARÍA* se dirige al «*NENE*».) y ¿qué? ¿Entonces se encuentra usted mejorcito? («*El NENE*» *no contesta.*) Es que la penicilina, verdaderamente, es una maravilla. Ya ve usted... Hace



media hora en la cama, con fiebre y todo. Y ahora aquí levantado, tan campante y con el sombrero puesto...

NENE.—¡Menos cháchara, monja...!

SOR MARÍA.—Sí, señor...

(Hay una pausa. «El Duque», lentamente, se aproxima a ella.)

SUÁREZ.—Oiga, hermana... ¿Usted es tonta o lista?

SOR MARÍA.—Yo me hago la tonta para lo que me conviene, como todo el mundo... Bueno, quiero decir para lo que le conviene a nuestra Orden y a nuestros pobres... Porque si supieran ustedes la cantidad de pobres que hay por esos mundos a los que todos debemos socorrer...

SUÁREZ.—Hablemos claro. Lo sabe usted todo, ¿no es verdad?

SOR MARÍA.—Bueno, todo, no. Alguna cosilla.

SUÁREZ.—¿El qué?

SOR MARÍA.—Es muy delicado de decir.

SUÁREZ.—Hable. ¿Qué sabe?

SOR MARÍA.—Pues, en primer lugar, que don FEDERICO, el marido de la señora, había escondido la pistola en esta butaca para matarle a usted cuando viniera.

SUÁREZ.—¿Ah, sí?

SOR MARÍA.—Sí, señor. Para matarle a usted. Estoy segurísima.

SUÁREZ.—(Se vuelve contra sus compinches, furioso.) ¿Es verdad lo que dice?

FEDERICO.—(Asustado.) ¿Cómo va a ser verdad?

SUÁREZ.—¡Sí, es verdad! Pensabas traicionarme, ¿no es eso? Ya me estaba yo figurando algo... Estabais todos de acuerdo. ¡Contesta!

(Y le coge por la solapa de la chaqueta y le zarandea.)



FEDERICO.—Te digo que es mentira. No fui yo. La pistola la guardó «El NENE».

SUÁREZ.—(Al «NENE».) ¿Eras tú entonces el que pensaba eliminarme?

(Y le echa las manos al cuello.)

NENE.—¡Estoy muy malo, «Duque»!

SUÁREZ.—¡Contesta!

SOR MARÍA.—¡Oiga! ¡No pegue usted al «NENE», que está malito!

SUÁREZ.—¡Calle de una vez! ¡Y entrégue me esa pistola que se guardó!

SOR MARÍA.—Bueno, sí, señor...

(Y SOR MARÍA le devuelve la pistola, que SUÁREZ se guarda.)

SUÁREZ.—Y ahora, siga... ¿Qué más sabe usted?...

SOR MARÍA.—Si se pone usted así, no sigo diciendo lo que sé...

SUÁREZ.—¿Por qué?

SOR MARÍA.—Porque yo no creí que la cosa tuviera tanta importancia...

SUÁREZ.—¿Por qué no se separa usted de esta maceta?

SOR MARÍA.—Porque está sequita, la pobre.

SUÁREZ.—Y ¿qué más?

SOR MARÍA.—¡Ay, hijos! Cuidado que se ponen ustedes preguntones...

CARLOS.—Vamos, desembuche...

SOR MARÍA.—Pero ¡qué modales!...

SUÁREZ.—Hable.



SOR MARÍA.—Pero si a lo mejor son figuraciones mías. Yo, lo único que sé es que usted le hace el amor a doña Nuria. Y que ella se ve con usted en una cafetería de la calle de Ferraz, que se llama Rancho Grande. Y que don Federico se ha dado cuenta y escondió aquí esa pistola para matarle cuando usted viniera. Porque la verdad es que el pobrecito tiene celos...

SUÁREZ.—(*Sorprendido, igual que los demás.*) ¿Cómo dice, hermana?

SOR MARÍA.—Lo ha oído perfectamente... y usted es el culpable de todo y el más sinvergüenza. Claro que, como ninguno de ustedes cree en Dios, sólo pueden hacer sinvergonzonerías...

SUÁREZ.—¿Ah, sí?

SOR MARÍA.—Sí.

CARLOS.—¿De verdad?

SOR MARÍA.—Y tanto.

NURIA.—¿Y no sabe usted más, hermana?

SOR MARÍA.—¿Pero es que todavía les parece poco?

CARLOS.—En ese caso, usted lo que cree...

SOR MARÍA.—Lo que creo, no. Lo que estoy segura de que es, y parece mentira que usted que es el tío de esta pobre criatura... (*CARLOS no puede contener la risa. Los demás ríen también nerviosamente ante la extrañeza de SOR MARÍA.*) Bueno, pero ¿a qué viene esa risa? Pues no veo que la cosa sea para reírse...

SUÁREZ.—No; desde luego que no...

CARLOS.—Es que nos ha hecho gracia que haya tornado usted tan en serio un asunto que no tiene importancia.

SOR MARÍA.—¿Cómo que no tiene importancia?

SUÁREZ.—Estas cosas son muy corrientes en América...

SOR MARÍA.—¿Ah, sí?

CARLOS.—Casos como el de ellos se dan allá en las mejores familias...

FEDERICO.—Lo de mi mujer y lo de este señor viene ya desde hace mucho tiempo...

SUÁREZ.—Por tanto, usted no debe meterse en estas cosas íntimas y limitarse a cuidar al enfermo.

SOR MARÍA.—Pero ¿cómo voy a cuidar a un enfermo que está levantado y con el sombrero puesto?



SUÁREZ.—Ahora se acostará otra vez y se quitará el sombrero. Anda, «NENE», vuelve a la camita, que ya es tarde...

NENE.—Sí. Y en realidad me encuentro gravísimo...

SUÁREZ.—Pues a acostarte.

NENE.—Buenas noches...

(«El NENE» se levanta y va hacia la puerta de la izquierda por donde hace mutis, mientras FEDERICO habla con SOR MARÍA.)

FEDERICO.—De manera que usted va a ser formal, y a no meterse en nuestras costumbres privadas, ¿de acuerdo?

SOR MARÍA.—Sí, señor. De acuerdo.

CARLOS.—Y no comente esto con la dueña del piso, ¿comprende? Es una mujer de ideas antiguas y podría molestarle esta manera que tenemos nosotros de pensar.

SOR MARÍA.—Claro, claro... Diga usted que sí...

CARLOS.—Usted, en cambio, es mucho más moderna.

NURIA.—Y sobre todo, mucho más buena, hermana.

SUÁREZ.—¿Cómo buena? Un pedazo de pan. Si no hay más que verla ahí sentadita, con esa cara tan salada...

SOR MARÍA.—Desde luego, desde luego.

FEDERICO.—Y diga, hermanita, ¿no es hora ya de ponerle la segunda inyección?

SOR MARÍA.—¡Sí, es verdad! Con estos jaleos se me había olvidado. Voy a ir hirviendo la jeringuilla, en donde tengo el agua caliente... (Y va a hacer mutis, pero se vuelve y se dirige al «duque».) ¡Ah! Una cosa. ¿Hay muchas joyas de valor en la joyería esa que está en la calle Ferraz, en frente del hotel donde usted vive?

(El optimismo se termina. Todos se vuelven a mirar sorprendidos y atemorizados.)



SUÁREZ.—¿Por qué dice eso?

SOR MARÍA.—Porque la Madre Superiora del convento de Burgos tiene que comprar un collar para la Virgen. Y como supongo que ustedes, al entrar a comprar la medallita, se fijarían en las joyas de valor que había en la tienda, por eso lo pregunto... Bueno, pero después me lo dirán. No corre prisa. Ahora voy a hervir la jeringuilla para poner la inyección a nuestro querido enfermito.

(Y hace mutis por la derecha. Todos quedan inquietos nuevamente.)

SUÁREZ.—¿Qué ha querido decir?

NURIA.—No puede estar más claro. Que lo sabe todo.

CARLOS.—¿Si no es posible! ¿Por qué ha dicho antes todo lo contrario?

SUÁREZ.—Y ¿cómo sabe ahora que yo vivo en el hotel enfrente de la joyería y que entramos a comprar la medallita para preparar el golpe? ¡Esto, desde luego, no es normal!

FEDERICO.—¡Sea lo que sea, a mí esta mujer me está volviendo loco!

CARLOS.—Pero ¿lo sabe o no lo sabe? ¿Sospecha, o no sospecha? ¿Es una monja, o no es una monja? ¿Sabe dónde están las joyas, o no lo sabe?

SUÁREZ.—¡Cualquiera lo sabe!

FEDERICO.—¿Qué hacemos, entonces?

NURIA.—Yo creo que lo mejor es no hablar con ella. A mí me da miedo.

FEDERICO.—y a mí...

CARLOS.—Y a mí...

SUÁREZ.—Pues anda, que a mí...

FEDERICO.—Y ¿qué hacemos con el tiesto que hemos comprado?

SUÁREZ.—Lo que hemos decidido antes. Cambiarlo por el de las joyas. Vamos... En seguida...

NURIA.—¿No se dará cuenta?

FEDERICO.—No creo. El tiesto es casi igual.



SUÁREZ.—Tú, Nuria, vigila a ver si viene.

(Mientras *NURIA* mira por la derecha para ver si viene la monja, *FEDERICO* coge el paquete que traía y saca un tiesto con su planta, igual al que hay en escena, sobre la mesita. Para que el movimiento resulte más rápido, el paquete consiste en una bolsa de papel que a manera de capuchón, se coloca encima del tiesto.)

FEDERICO.—Lo dejo aquí, ¿no es eso?

SUÁREZ.—Sí. En el mismo sitio. Y el de las joyas, mételo en el paquete. Nos lo llevaremos en cuanto haya ocasión.

CARLOS.—Pero ¿por qué no sacamos las joyas de una vez ?

SUÁREZ.—¡Porque siempre llega cuando las vamos a sacar...! ¿Es que todavía no te has dado cuenta?

NURIA.—¡Cuidado! ¡Que viene!

SUÁREZ.—¿Lo estáis viendo? ¡Vamos! Deja el paquete junto al mueble—bar.

(*FEDERICO* ha dejado el tiesto nuevo sobre la mesita. Y oculta, junto al bar, la bolsa que cubre el que contiene las joyas. Entra *SOR MARÍA* con la jeringuilla en la mano.)

SOR MARÍA.—Bueno. Pues ya está preparada la inyección.

CARLOS.—Qué pronto, ¿verdad?

SOR MARÍA.—Sí. Estas cosas las preparo yo en un periquete. (*Y mira a todos, que, a su vez, no dejan de mirarla a ella.*) Pues les he preguntado lo de la joyería, porque una no entiende nada de estas cosas y éstos son unos encargos muy delicados... Claro que mañana, en cuanto abran, voy a ir. A las nueve en punto estaré allí...

SUÁREZ.—¿A las nueve?



SOR MARÍA.—Sí. A las nueve en punto... Antes sí sabía yo algo de estas cosas, porque como ustedes comprenderán no se nace monja, y hay quien llega a religiosa después de haber vivido una vida completamente distinta...

NURIA.—(*Dulce. Con una curiosidad infantil.*) Usted, por ejemplo, ¿qué hacía antes?

SOR MARÍA.—A los dieciocho años, yo lavaba platos en un cabaret de Tánger...

SUÁREZ.—No me diga...

NURIA.—¿Es posible?

SOR MARÍA.—¿Por qué no? Ya les he dicho que no se nace monja. Y antes de serlo, he podido ser campesina, y festejar con los mozos del pueblo... O camarera de un café... O señorita de provincias que nunca encontró novio... Y he podido tener un padre decente o borrachín, y un hermano ladrón... En fin, una monjita, antes de serlo, ha podido ser otras muchas cosas... Y después, con esta experiencia, puede ayudar a los demás... Ea, voy a poner la inyección a nuestro enfermo... (*Y antes de hacer mutis se acerca al tiesto falso y lo mira.*) Parece que la planta se va poniendo más tiesecita, ¿verdad?...

NURIA.—Sí.

SOR MARÍA.—Después le voy a echar una tableta de aspirina entre la tierra, y se recobrará más todavía. ¿No saben ustedes que con la aspirina las flores y las plantas se conservan más?

SUÁREZ.—No. No lo sabíamos...

SOR MARÍA.—Pues sí. Así es... Vuelvo en seguida.

(Y hace mutis por la puerta de la izquierda, que cierra.)

FEDERICO.—¡No se ha dado cuenta de que hemos cambiado el tiesto...!

CARLOS.—No. Parece que no.

NURIA.—Pero ¿qué ha querido decir con lo de Tánger? ¿Cómo es posible que trabajase de lavaplatos en un cabaret?

SUÁREZ.—¡Y yo qué sé!



NURIA.—¿Y lo del padre decente o borrachín, y el hermano ladrón? ¿Qué es lo que ha querido darnos a entender? Cada vez dice una cosa nueva para sorprendernos...

FEDERICO.—Y ¿qué es lo que pretende con eso? ¿Jugar con nosotros al ratón y al gato?

NURIA.—Y, sin embargo, todo lo dice con dulzura, sonriendo, como si fuera de buena fe y quisiera advertirnos de algo...

CARLOS.—¡Déjate de cuentos! Lo que hace falta es marcharnos de aquí. Y cuanto antes, mejor.

SUÁREZ.—¿Y el atraco de mañana, entonces? ¡No podemos suspender un golpe tan bonito!

CARLOS.—¿Después de lo que ha dicho de la joyería? Sabe el número y la calle. Y a las nueve en punto va ella.

NURIA.—¡A la misma hora que nosotros pensábamos ir!

FEDERICO.—Y ¿por qué lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho? ¡Tú!

SUÁREZ.—NURIA no ha dicho nada, no seáis estúpidos...

NURIA.—Ha debido registrar el cajón de la mesilla de noche, en donde yo metí la medallita.

CARLOS.—Y ¿por qué no la tiraste?

NURIA.—Convinimos en volver a entrar en la joyería con el pretexto de cambiar la medalla por otra cosa. Por eso no la saqué de la cajita.

FEDERICO.—y ¿por qué no la escondiste en otra parte?

NURIA.—¿Para que ocurriese como con la pistola?

(«El DUQUE» impone su autoridad de jefe, ante el desconcierto de los otros.)

SUÁREZ.—¡No debemos perder la calma! ¡Tenemos miedo, y por eso todo lo que nos dice nos pone nerviosos y nos parece sobrenatural...! Pero no sabe nada. No puede saber nada. ¿Por qué va a saberlo? No tiene ninguna prueba contra nosotros,



porque de lo contrario ya hubiera avisado a la Policía. ¡Todo son figuraciones nuestras y nada más que figuraciones!

(Se oye al «NENE» que grita.)

NURIA.—Le está poniendo la inyección.

CARLOS.—¡Ahora es el momento de marcharnos de aquí con las joyas!

(Y va hacia el paquete que hay junto al bar. Pero *SOR MARÍA* sale de la izquierda. *CARLOS* se queda quieto.)

SOR MARÍA.—Se le olvidó quejarse cuando le estaba poniendo la inyección, y ahora que ya he terminado, es cuando empieza a dar gritos... ¡La verdad es que el hombre me ha pillado una manía! Y, además, el trabajo que me costó ponérsela, porque como se ha empeñado en meterse en la cama vestido y con los zapatos puestos... (*Al ver que todos la miran callados.*) ¿Les pasa a ustedes algo?

SUÁREZ.—No, no, nada...

(*SOR MARÍA* se acerca al tiesto y saca del bolsillo un tubo de aspirina, con su estuche de cartón y todo.)

SOR MARÍA.—Ahora le voy a echar al tiesto una tableta de aspirina, porque como les dije antes esto hace revivir mucho las plantas. He encontrado este tubo en la mesilla de noche de nuestro enfermo y me ha dicho que lo compró en Sevilla cuando empezó a notar los primeros síntomas de su catarro. ¿Es verdad?

NURIA.—Sí. Se lo compré yo.



SOR MARÍA.—Pues yo hago colección de las etiquetas que van pegadas en los envases de cartón con el precio. Y me la he guardado.

SUÁREZ.—¿Por qué, hermanita?

SOR MARÍA.—Pues por eso. Porque hago colección. Y porque en ésta, a pesar de haberla comprado en Sevilla, pone: «Farmacia García. Burgos». *(Todos se sobresaltan al máximo. FEDERICO y CARLOS van a echar mano de sus pistolas. Pero la monjita continúa hablando con su tono más candoroso.)* ¡Mira que poner Burgos! ¡Como si ustedes hubieran estado alguna vez en Burgos...! *(Y ahora se levanta de su butaca y va corriendo hacia la puerta del foro.)* ¡Ah! Aquí viene DOÑA PILAR...

(Y suena el timbre al mismo tiempo que abre la puerta SOR MARÍA y entra DOÑA PILAR, con un mantel grande en la mano y una cesta con pan. La actitud de todos le sorprende un poco, pero no dice nada. FEDERICO, CARLOS, NURIA y «El duque» están en tensión, decididos a sacar sus pistolas si es necesario. DOÑA PILAR tiene curiosidad por saber lo que pasa, pero se aguanta esa curiosidad. Y SOR MARÍA está tan tranquila como siempre.)

DOÑA PILAR.—Hola, buenas noches.

SOR MARÍA.—Ave María Purísima. ¿Qué dice usted de nuevo?

DOÑA PILAR.—Pues ya ve... Como no me ha llamado usted, he subido yo...

SOR MARÍA.—Muy bien hecho. Siéntese...

DOÑA PILAR.—*Gracias.* *(Y se sienta y no sabe qué decir.)* ¿Ha ocurrido algo?

SOR MARÍA.—No. Nada. ¿Qué es lo que iba a ocurrir?

DOÑA PILAR.—¿Y el enfermo?

SOR MARÍA.—Pues yo le encuentro bastante mejor. Ya se ha levantado un ratito y ha dado un paseo por aquí.

DOÑA PILAR.—¿Ah, sí?

SOR MARÍA.—Sí.

DOÑA PILAR.—¿Y no se enfriará?

SOR MARÍA.—No hay cuidado. Se ha puesto su sombrero y todo. Y su corbata.



DOÑA PILAR.—(*Sin comprender nada.*) Ah, bueno... Siendo así... Pues yo me he subido un mantel y el pan para ir poniendo la mesa en el comedor... Y cuando ustedes quieran la chica subirá la cena...

SOR MARÍA.—No corre prisa. (*Y se fija en el mantel y lo coge.*) ¡Qué mantel tan bonito! ¡Y el bordado que tiene es precioso...!

DOÑA PILAR.—Sí. Es muy mono...

SOR MARÍA.—¡ En nuestro convento estamos tan mal de mantelerías...!

DOÑA PILAR.—Sí, hermanita. Ya lo comprendo. (*Y le quita el mantel.*) No he subido antes porque ha venido a casa el marido de la señora que vino ayer a ver el piso...

SOR MARÍA.—¡Ah!

DOÑA PILAR.—Y ésta decidido a alquilarlo.

SOR MARÍA.—¡Qué suerte!

DOÑA PILAR.—Él es comisario de Policía y viene destinado aquí desde Valencia. Por eso busca un piso provisional.

SOR MARÍA.—Claro.

DOÑA PILAR.—Aunque se lo ha explicado muy bien su mujer, quería subir ahora a ver el piso. Pero yo le he dicho que venga mañana, porque a lo mejor molestaba a estos señores...

SOR MARÍA.—Pues a lo mejor.

DOÑA PILAR.—¡ Ah! Y me ha estado hablando del atraco de Burgos.

SOR MARÍA.—¿De qué atraco?

DOÑA PILAR.—De ese de la joyería.

SOR MARÍA.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué le ha dicho?

DOÑA PILAR.—Que no se han ido al extranjero como pensábamos nosotros, sino que están en Madrid y se les piensa coger de un momento a otro...

SOR MARÍA.—Mira qué bien...

DOÑA PILAR.—Y que se trata de unos aficionados; de esos que han salido ahora copiando los atracos que ven en las películas.

SOR MARÍA.—Y ¿qué más?

DOÑA PILAR.—Que han preparado coartadas en Aranjuez y no sé cuántos sitios, pero que son tontos...



SOR MARÍA.—Eso me parece a mí...

DOÑA PILAR.—Y que el joyero está muy bien de salud y no ha perdido nada, porque estaba asegurado y todo lo paga el Seguro. Y ya sabe usted que los Seguros están podridos de dinero...

SOR MARÍA.—Desde luego. ¡Menudos edificios que tienen...! En cambio nuestros queridos pobres...

DOÑA PILAR.—Total, que es un señor muy simpático que no tiene inconveniente en esperar a que estos señores se vayan para ocupar el piso. Si es que estos señores se van, claro...

SOR MARÍA.—(A CARLOS.) Pues yo creo que sí, ¿verdad?

CARLOS.—Como mi hermano ya se encuentra mejor...

DOÑA PILAR.—De todos modos ustedes no pueden marcharse hasta que don COSME esté restablecido.

FEDERICO.—Posiblemente nos tengamos que marchar antes.

SUÁREZ.—Mis amigos han tenido noticias de Venezuela y tienen que adelantar el viaje.

CARLOS.—Figúrese... No tenemos más remedio...

DOÑA PILAR.—¡Les digo a ustedes que no! ¡Pues estaría bueno! Parecería que les he echado. De aquí no se mueven ustedes hasta que pasen lo menos quince días. Mañana, cuando venga el comisario, se lo diré, y entre ustedes se pondrán de acuerdo... Y ahora voy a ir poniendo la mesa, que ya es bastante tarde. (Y va hacia la derecha.) ¿Me ayuda usted, hermanita?

SOR MARÍA.—No faltaba más...

(Y hace mutis detrás de DOÑA PILAR.)

SUÁREZ.—¡Hay que largarse! ¡Ya habéis oído lo del policía!

CARLOS.—¡Y la monja tiene la etiqueta de la farmacia!

SUÁREZ.—Pero ¿cómo pudiste olvidar una cosa así?

FEDERICO.—¡Son tantas cosas las que hemos olvidado!



NURIA.—Lo primero a Dios. Y así nos va...

CARLOS.—¡Calla, sinvergüenza!

SUÁREZ.—Hay que salir de aquí inmediatamente. Tenemos el coche... Podemos huir por carretera...

NURIA.—¡Nos pillarán de todos modos! ¡Y yo no quiero volver con vosotros !

FEDERICO.—¿Qué tonterías estás diciendo?

NURIA.—¡Que no quiero seguiros! Debemos devolver las joyas y entregarnos.

FEDERICO.—(*Amenazador.*) Tú harás lo que todos, ¿te enteras? ¿Qué es lo que te ha dicho la monja para que ahora pienses así?

SUÁREZ.—¡Vamos, de prisa! (*A CARLOS.*) Tú, avisa al «Nene» para que se vaya preparando. Y vosotros venid conmigo. (*Abre la puerta de la escalera.*) Tú, Nuria, sal primero.

NURIA.—¡No!

SUÁREZ.—¡Sin rechistar, demonio!

(Y la hace salir de un empujón.)

CARLOS.—¿Y el paquete con la maceta?

SUÁREZ.—Lo sacarás tú, mientras yo acerco el coche al portal y Fede despeja el camino en la portería, en donde puede haber mirones... (*A FEDERICO.*) ¡Vamos, andando...! (*FEDERICO hace mutis.*) Y, vosotros, daros prisa...

(Y también hace mutis por la puerta del foro, que deja cerrada. CARLOS entra en la habitación de la izquierda. Y al quedarse sola la escena entra SOR MARÍA por la derecha y, al no ver a nadie, dice:)

SOR MARÍA.—Pero ¿dónde se habrán metido ahora...? La verdad es que cada vez entiendo menos a estos extranjeros... (Va al tiesto que hay sobre la mesa.) ¡Y mira que



haberme cambiado el tiesto! ¡Por lo visto, los pobrecitos se han debido creer que soy tonta...! (Y va hacia el mueble-bar, saca de la bolsa su maceta, la pone sobre la mesa, y el tiesto falso le vuelve a meter en la bolsa, que deja donde estaba. Cuando lo ha hecho, sale CARLOS sigilosamente por la izquierda, que se asusta al ver a SOR MARÍA.) Hola, don Carlos.

CARLOS.—Hola.

SOR MARÍA.—¿Dónde están los demás?

CARLOS.—Ahí dentro, con mi hermano, que está un poco fatigado. ¿Quiere usted traerle un vaso de agua?

SOR MARÍA.—Pues claro que sí. No faltaba más...

CARLOS.—Muchas gracias, hermana...

SOR MARÍA.—No hay de qué darlas.

(SOR MARÍA hace mutis por la derecha, al mismo tiempo que «El NENE», vestido y con su maleta, se asoma por la puerta de la izquierda.)

NENE.—¿Ya?

CARLOS.—Ya. Vete saliendo.

(Mientras «El NENE» sale por la puerta de la escalera, CARLOS agarra el paquete con el tiesto que hay junto al bar. Y con él debajo del brazo sigue al «NENE» y hace mutis cerrando la puerta. Un instante después entra SOR MARÍA con un vaso de agua en la mano. Va a ir hacia la habitación de don COSME, pero, al ver que el paquete no está ya junto al mueble-bar, sonrío, suspira, se sienta en su butaca y se bebe el vaso de agua.)



SOR MARÍA.—¡Ea, esto se acabó! A quien Dios tiene, nada le falta, sólo Dios basta...

(Y entra DOÑA PILAR por la derecha.)

DOÑA PILAR.—Bueno, pues ya está todo preparado. ¿Y la familia?

SOR MARÍA.—Se han ido.

DOÑA PILAR.—¿Adonde?

SOR MARÍA.—¡ Ah! No sé. A lo mejor, a Rancho Grande.

DOÑA PILAR.—¿Y el enfermo

SOR MARÍA.—También se ha marchado.

DOÑA PILAR.—Pero, bueno... ¿Usted qué jaleo ha armado aquí?

SOR MARÍA.—Yo no he armado ningún jaleo. Han sido ellos que se han enfadado.

DOÑA PILAR.—¿Que se han enfadado por qué?

SOR MARÍA.—A lo mejor por ese afán suyo de alquilar el piso en seguida. No se puede tener unos inquilinos en casa y estarle enseñando el piso a otros.

DOÑA PILAR.—Pero yo les he dicho que no tenía prisa.

SOR MARÍA.—Pues de todos modos se han enfadado y se han ido.

DOÑA PILAR.—¿Quiere que le diga una cosa, hermanita? Que a mí esa gente me da muy mala espina, y que me alegro que se hayan ido. Y que, además, creo que no se han ido por lo que usted dice.

SOR MARÍA.—¿Por qué otra cosa, entonces?

DOÑA PILAR.—No se lo he dicho antes, para no asustarla. Pero he llegado a pensar que se trata de los atracadores de Burgos...

(Una pausa. SOR MARÍA la mira sonriente. Después dice.)



SOR MARÍA. — ¡Qué disparate!

DOÑA PILAR. — ¿Por qué va a ser un disparate?

SOR MARÍA. — Porque ellos estaban en Sevilla cuando se cometió el atraco en Burgos.

DOÑA PILAR. — Sí. Eso sí es verdad.

SOR MARÍA. — ¿No se acuerda que le trajeron de allí una muñeca?

DOÑA PILAR. — Sí, claro. La gitana...

SOR MARÍA. — Lo que pasa es que como no son creyentes, resultan así de raros. Pero no debemos pensar otra cosa de ellos... Bueno, en fin. Y yo me voy a ir...

(Se levanta y prepara sus cosas.)

DOÑA PILAR. — ¿Sin cenar?

SOR MARÍA. — No tengo apetito y se me está haciendo ya muy tarde. Y, además, ¿qué pinto yo aquí si el enfermo se ha marchado? (*Va hacia su tiesto y acaricia las hojas de la planta.*) Y eso que me da tanta pena separarme de mi plantita... ¿Ha visto usted cómo se ha puesto? ¡Me gustaría tanto seguirla cuidando!...

DOÑA PILAR. — ¡Pues llévesela usted...!

SOR MARÍA. — ¿De verdad me la da?

DOÑA PILAR. — Claro que sí, hermana...

SOR MARÍA. — (*Coge el tiesto con ilusión. Lo mira amorosamente. Está emocionada.*) No sabe lo que se lo agradezco. Lo consultaré con nuestra querida Madre Superiora y lo pondré en el jardín de nuestro convento. Y después, a lo mejor, si ella me da permiso, se lo regalaré a uno de nuestros pobres... Hay tantos necesitados, ¿sabe usted?, a los que hay que ayudar sea como sea... Y sólo con poder poner un tiesto con flores en una ventanuca de su casa, ya se consideran dichosos y felices, ¡como si tuvieran un tesoro!... Bueno, me voy... Que Dios se lo pague.



(Y se dirige hacia la puerta.)

DOÑA PILAR.— Vaya usted con Él...

(Al llegar a la puerta y abrirla, SOR MARÍA se vuelve al centro, donde se ha quedado DOÑA PILAR.)

SOR MARÍA— ¡Ay, mi tapetito! ¡Que se me olvidaba!

DOÑA PILAR.— Tome usted, hermana.

(Y le acerca el tapetito.)

SOR MARÍA.— Ave María Purísima...

DOÑA PILAR.— Sin pecado concebida...

(Y SOR MARÍA hace mutis por la puerta del foro mientras cae el telón.)

Telón

Fin



LTC Enero 2012